

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

Gustavo Pérez Rodríguez

*Xavier Mina, el insurgente español  
Guerrillero por la libertad de España y México*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Secretaría de Desarrollo Institucional

2018

446 p.

Mapas

(Serie Historia Novohispana 105)

ISBN 978-607-30-0099-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/694/xavier\\_mina.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/694/xavier_mina.html)

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## LA INSURGENCIA EN LA NUEVA ESPAÑA

### SOTO LA MARINA

#### *Situación de la insurgencia en 1817*

Después del estrepitoso estallido revolucionario, iniciado por el cura Miguel Hidalgo y Costilla el 16 de septiembre de 1810, el movimiento de independencia de la Nueva España había llegado a uno de sus momentos culminantes entre 1811 y 1813, bajo la dirección de José María Morelos y Pavón. Con este jefe se habían logrado importantes triunfos militares ante las tropas del virreinato; se alcanzó, a la vez, la madurez ideológica patriota: se definió y se proclamó la independencia, al deshacerse de una vez por todas del llamado a Fernando VII, se llegó a proclamar un Congreso y una Constitución con los cuales se gobernaría la naciente “República Mexicana” que difundían.

Sin embargo, en 1817, cuando arribó Mina a las costas novohispanas, las circunstancias iban mal para los insurgentes.<sup>1</sup> Con el declive de Morelos a partir del fracaso de su campaña contra

<sup>1</sup> El adjetivo de *insurgentes* fue acuñado por Napoleón para denominar a los sublevados españoles cuando invadió la Península. De igual forma, *insurgentes*, es decir *alzados*, fue el calificativo que las autoridades realistas dieron a los patriotas americanos que buscaban la independencia. Para más sobre el tema, véase Guadalupe Jiménez Codinach, “La insurgencia de los nombres”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 7, 1996, p. 188-191. Por su parte, Mier escribió en una carta: “Ahora, si por insurgente me quiere V. R. llamar malo, recuerde que este término lo pusieron en boga los franceses contra los españoles y demás pueblos que [se] defendían contra la opresión y tiranía de Napoleón, y que viene del verbo latino *insurgo* que significa levantarse el que está caído, ponerse derecho. Los americanos estamos bien caídos y los españoles también bajo ese tirano ingrato [Fernando VII].” Doctor Mier a Fr. Pascual de Jesús María, 25 de mayo de 1817, en Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México*, t. VI, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, p. 860.

Valladolid, en diciembre de 1813 —que lo llevaría a su derrota total y a su captura y muerte a finales de 1815—, no se encontró otro jefe capaz de imponerse y organizar a los patriotas americanos, quienes con la disolución del Congreso en diciembre de 1815, por orden de Manuel Mier y Terán, continuaron luchando casi por inercia, sin coordinación ni plan específico. Desde ese entonces la causa insurgente estuvo reducida a pequeños grupos del centro y sur del virreinato. Peleaban casi de forma anárquica, mediante ineficaces guerrillas aisladas, sin dar ni recibir auxilio de sus compañeros y, lo que es peor, disputándose, incluso con las armas, el nombramiento de Jefe Supremo que en realidad nadie merecía.

Como carecían de capacidad y fuerza para organizar grandes campañas militares y actividades políticas, estos insurgentes se encontraban en plena acción defensiva. Algunos grupos deambulaban sin lugar establecido para evitar ser capturados. Sin embargo, los jefes más importantes se guarecían en cerros fortificados, donde resistían sin éxito la ofensiva del ejército realista, el cual los iba venciendo uno a uno, sitiándolos, acumulando contra ellos fuerzas superiores en número y calidad —muchas recién llegadas de Europa por el fin de las guerras napoleónicas—, y fusilando a cuantos caían en sus manos, por orden del virrey Félix María Calleja.

Para septiembre de 1816, Calleja regresó a España. En su lugar llegó Juan Ruiz de Apodaca y Eliza López de Letona y Lasqueti, virrey que impuso una estrategia diferente a la de su antecesor: trató de persuadir a los rebeldes con un tono suave, los invitó a desarmarse y concedió el indulto a cuantos lo solicitaban.

Ante esta nueva perspectiva, entre finales de 1815 y principios de 1817, un importante número de rebeldes, enemistados y desalentados por su situación, se presentaron a pedir el indulto, incluso antiguos y reconocidos jefes como Juan Nepomuceno Rosains, José María Cos y el doctor José Manuel de Herrera; al tiempo que otros eran derrotados, como Ramón Rayón, quien se rindió en el Cópore, y Manuel Mier y Terán en el Cerro Colorado; de igual forma se perdió la Isla de Mezcala en Chapala, entre otros focos insurrectos importantes. Por lo mismo, la revolución parecía estar a punto de extinguirse y sólo era sostenida por

Guadalupe Victoria en Veracruz; Vicente Guerrero en el sur, y José Antonio Torres y Pedro Moreno en Guanajuato, además de numerosas guerrillas sueltas de poca fuerza.

Por otra parte, si bien ya no se contaba con un Congreso aglutinador, fueron surgiendo diversas juntas gubernativas descendientes directas de aquélla, como la de Taretán, Michoacán, a la que siguió la de Jaujilla, también en Michoacán, y la posterior de Huetamo. Dichas juntas trataron de representar al gobierno americano y de dar algún orden a los insurgentes, aunque no contaban con suficiente poder ni autoridad.

Ese fue el marco novohispano al que llegaron Mina y sus hombres: uno que era poco propicio para lograr la pretendida y añorada independencia, pero el guerrillero español confiaba en que unidos los diversos sectores novohispanos las posibilidades serían mayores.

### *El desembarco en Soto la Marina*

Efectuado el desembarco el 21 de abril de 1817, la expedición tomó orden y revisó su equipo y provisiones para salir al día siguiente, a las dos de la tarde, a la población de Soto la Marina que se encontraba a 90 kilómetros de la desembocadura del río del mismo nombre. Dos paisanos de a caballo se presentaron entonces para ofrecer el servicio de guía y Mina aceptó a pesar de ser sospechosa la actitud de éstos. “Ellos nos aseguraron —escribiría la División en su *Boletín I*— la discusión que ya sabíamos existir entre el virrey de México y el comandante general de las provincias internas [Arredondo]; y añadieron que los realistas no nos esperaban por ahí, sino por Tampico, donde tienen sus principales fuerzas disponibles.”<sup>2</sup>

<sup>2</sup> *Boletín I de la División Auxiliar [sic] de la República Mexicana*, Soto la Marina, 25 de abril de 1817, en Archivo Histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia [en adelante AHINAH], 4a. serie, *Varios*, leg. 62, doc. 16; también en Genaro García, *Documentos históricos Mexicanos*, t. IV, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 1985, [s. p.].

No obstante, al poco tiempo ambos hombres acompañaron a una partida que salió en la búsqueda de caballos y “a la primera ocasión oportuna que hallaron desaparecieron. Se supo después que los había enviado Felipe de la Garza [comandante realista de Soto la Marina] para reconocer a la fuerza expedicionaria”.<sup>3</sup>

El navarro echó mano entonces de Anselmo Hinojosa, el natural de esta provincia que traía desde Nueva Orleans, quien no había pisado en varios años estas tierras, por lo que no estaba enterado de que la población se había trasladado, en 1810, de 15 a 90 kilómetros de la costa, debido a la incidencia de los ataques de fiebre amarilla y de una desastrosa inundación de ese año; por tanto, el trayecto se alargó y llegaron a Soto la Marina hasta el día 24 de abril.<sup>4</sup>

La provincia de Nuevo Santander tenía en ese momento unos 56 715 habitantes distribuidos en los 90 000 km<sup>2</sup> que la conformaban, y se vivía en relativa paz después de los acontecimientos de 1811 —cuando Toledo junto con algunos estadounidenses declaró la independencia de Texas— que fueron sofocados por Arredondo en 1813.<sup>5</sup> De hecho, desde ese 1811 su capital había pasado de San Carlos a Aguayo (hoy Ciudad Victoria).<sup>6</sup> Soto la Marina, en particular, era una pequeña y poco poblada villa, fundada en 1750 por Joseph de Escandón. La población constituía el paso estratégico para el mercado y las exportaciones de productos como carne seca, sebo, lana y pieles crudas que producía esta provincia y que transitaban por Veracruz para llegar al centro del virreinato.<sup>7</sup>

<sup>3</sup> Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana, comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de los Dolores, en el obispado de Michoacán*, t. IV, facsímil de la edición de 1844, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 328.

<sup>4</sup> Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI. Los relatos de testigos varían en la fecha de la llegada a esta población, pero de acuerdo con el *Boletín I de la División*, la más fiel de las fuentes, se asienta como efectuada el día 24 de abril de 1817.

<sup>5</sup> Jesús Franco Carrasco, *El Nuevo Santander y su arquitectura*, t. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1991, p. 120-121.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 176-177.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 89 y 265. De hecho, la reubicación de la población no fue completada por la entrada de Mina en ella, ya que se interrumpieron los trabajos

Mina y Mier prepararon el terreno y enviaron desde la costa mensajes a Felipe de la Garza, comandante de aquella villa —aunque no lo nombraban, quizás por desconocimiento—, para que los recibiera pacífica y amistosamente, y pensara en la posibilidad de una alianza. En una breve carta, Xavier le informó que después de haber luchado por la libertad de España sufrió la persecución de un rey ingrato, pero que “sabiendo que en México se combate por la libertad, he venido a unir mi suerte con la vuestra”. Asimismo, le previno que le tuviera algún alimento y caballada para sus tropas que iban en camino a aquel lugar. “No desconfíe usted y persuada a ese pueblo que mis intenciones son las más sanas. Salud y Libertad en camino para ese pueblo hoy 22 de mayo [en realidad era abril] de 1817, Xavier Mina.”<sup>8</sup>

Mier escribió a su vez al comandante o “en su ausencia al que lo representa”, presentándose como su paisano de Monterrey, para ratificar lo expuesto por el navarro confirmando que “lo que a usted escribe el Señor General Mina es verdad...”. Se vanaglorió de su pomposo cargo, “yo vengo de Vicario General..., soy Proto-Notario Apostólico y Prelado doméstico del Sumo Pontífice”. Explicó que en España no había rey, sino sólo “un tirano intruso” al que ni el pueblo ni las Cortes ni la Europa querían. Aseguró que “a la República Mexicana ya la han reconocido los Estados Unidos, seremos libres a Dios”. Al final le pidió saludar al sacerdote del pueblo, Fray Manuel, que era “criollo como yo, y de esa manera cuento con él; la religión nada tiene que ver con el despotismo”.<sup>9</sup>

Contrariamente a lo esperado por los revolucionarios, al enterarse Felipe de la Garza del desembarco mandó evacuar la

de asentamiento y construcción. Así, “su legado colonial —indica Franco Carrasco—, debido a esas circunstancias, es nulo”.

<sup>8</sup> Mina al comandante de Soto la Marina, 22 de abril de 1817, en José Refugio Guzmán, “Francisco Javier Mina en la Isla de Galveston y Soto la Marina”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, 2a. serie, tomo VII, n. 4, 1966, p. 1061-1062. La carta contiene el ideal de Mina constante en toda su expedición: reproche a la actitud de Fernando VII hacia él y demás liberales españoles; la lucha por la libertad e independencia de la que llama República Mexicana; el tratar que los americanos y los oficiales realistas se le unan, para enfrentar juntos al absolutismo del rey.

<sup>9</sup> Mier al comandante de Soto la Marina, *ibid.*, p. 1060.

población para que no otorgara ninguna ayuda a la División. Para lograrlo, advirtió a los vecinos que Mina “venía acompañado de una cuadrilla de herejes que venían a aquel país con el objeto de destruirlo y de pasar a cuchillo a sus habitantes”.<sup>10</sup> A la vez, De la Garza se disculpó por su repliegue ante el virrey, con el pretexto de su poca fuerza y de la miseria de su grupo de combatientes; no obstante, explicó que en cuanto supo del desembarco de Mina, mandó juntar algunos soldados y vecinos del lugar “y para esta hora... estoy para salir con 14 soldados y cosa de 15 vecinos que he podido montar, y armas de algunos fusiles sin munición, sables, etcétera; me resuelvo salir al frente por si me fuere posible contener en alguna manera la partida, que según el parte... se nos viene con dirección a este lugar”.<sup>11</sup>

A pesar de las prevenciones realistas, la vanguardia de la División conformada por el Regimiento de la Unión y el Primer Regimiento de Línea, bajo el mando del mayor José Sardá, llegaron al poblado sin ninguna oposición. Por el contrario, el sacerdote del lugar, Manuel Marín de Penasola, los recibió con los brazos abiertos y aunque los habitantes que habían permanecido ahí se comportaron renuentes y temerosos al principio, pronto disiparon sus dudas y dieron buena acogida a aquellos extranjeros.

Mina tomó posesión de la población en nombre de la insurgencia mexicana y de inmediato nombró nuevas autoridades entre los vecinos más reconocidos a los cuales encargó el poder. De igual forma, hizo saber a los habitantes que sus personas y sus propiedades serían respetadas, por lo que podían estar tranquilos, pero también advirtió que los que habían abandonado sus casas, tenían un corto tiempo para retornar o de lo contrario todos sus bienes serían confiscados. Estas medidas y el comportamiento pacífico de los expedicionarios provocaron que los habitantes volvieran. “En una palabra —aseguraba la División en

<sup>10</sup> William Davis Robinson, *Memorias de la revolución mexicana. Incluyen el relato de la expedición del general Xavier Mina*, estudio introductorio, ed., trad. y notas de Virginia Guedea, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Fideicomiso Teixidor, 2003, p.104.

<sup>11</sup> De la Garza a Apodaca, 22 de abril de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1002.

su *Boletín*— el pueblo de Soto la Marina está hoy muy contento de tenernos por huéspedes.”<sup>12</sup>

Pero la mala fortuna continuaba y a los pocos días el coronel alemán, conde de Ruuth, decidió dimitir a su cargo y abandonó la expedición por considerar imposible la empresa. Abordó nuevamente la embarcación de Aury, quien después de bajar los pertrechos de la División se alejó del lugar. Xavier se consternó a causa de la pérdida, pues el alemán era uno de sus más experimentados oficiales. De cualquier forma, sabía que a esas alturas tenía que seguir adelante a como diera lugar, por lo que nombró al capitán Maylefer comandante de caballería y lo promovió así al grado de mayor, en sustitución del conde.

### *La imprenta, otra arma de guerra*

Desde el primer momento los expedicionarios pusieron a funcionar la imprenta que traían y el 22 de abril Xavier mandó al comandante de la plaza, Cous, a imprimir los decretos que contenían sus primeras disposiciones, en nombre del gobierno de la República Mexicana. En cuatro artículos informó que quienes se sumaran a la División serían equipados y se les pagarían diez pesos al mes; que desde luego al concluir la guerra se repartirían las tierras y salinas reales, así como los bienes de los “enemigos de la patria”, y autorizaba la venta de “todos los frutos del país, tabaco, sal y demás” sin impuesto alguno. También ordenó que se publicaran y difundieran estas disposiciones en todas las villas y ciudades.<sup>13</sup>

Al tercer día, Mina y Mier continuaron con su trabajo proselitista; explicaron los motivos por los que se encontraban ahí, intentaron ganarse a los pobladores asentados y a las ocho agrupaciones diferentes de indios de lengua tamaulipeca que rondaban

<sup>12</sup> *Boletín I de la División...*, AHINAH, y en García, *Documentos históricos...*, [s. p.].

<sup>13</sup> “Decretos que el gobierno mandase publiquen en todas las ciudades, villas y lugares”, Soto la Marina, 22 de abril de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1062.



la población.<sup>14</sup> Para efectuar ese trabajo, llamaron al pueblo para una reunión en el templo del lugar. Ahí ambos rebeldes se sentaron al frente, bajo el altar, y comenzaron a difundir su ideología liberal en altas voces. El navarro ilustró sobre cuáles eran sus objetivos y del apoyo que venía a dar “a la justa causa independentista americana”. “Lo mismo hizo monseñor Mier —se señalaría en su boletín—, vicario de la División, quien concedió indulgencias [80 días] a los que de buena fe se adhiriesen a nosotros en la noble empresa que nos proponemos.”<sup>15</sup>

En su arenga, Mier criticó la actitud del rey Fernando VII y trató de ganar la conciencia de su auditorio indicando que la expedición

sólo intentaba quitar el yugo de la España —según declararía el cura Marín en el juicio a Mier—: dijo no se deberían pagar diezmos ni primicias; porque así como las alcabalas y pensiones sólo servían para fomentar los vicios de la Corte, así los dichos diezmos y primicias sólo servían para fomentar los terceros de los Obispos, y que estos debían extinguirse. Dijo que él pondría obispos en cada una de las provincias porque éstos no debían ser electos por los Reyes ni Pontífices, sino por los pueblos...<sup>16</sup>

Refiriéndose otra vez al monarca español, Mier aseguró que “los reyes no eran nombrados por Dios, sino a pedimento de los hombres del mundo y que nuestro Soberano Fernando 7o. Q. D. G. era un tirano déspota, que la corona que tenía era usurpada, y que él y Mina venían a introducirse a este Reino, para que como hermanos los favoreciéramos a ayudar a defendernos”. Mina tomó de nuevo la palabra para indicar que estaban resentidos de los agravios del rey, y que todas las disposiciones que había

<sup>14</sup> Franco Carrasco, *El Nuevo Santander y su...*, p. 55 y 68. La mayoría de estos indígenas no leían ni hablaban el castellano, lo que, junto con el temor, originó que Mina no encontrara apoyo entre ellos.

<sup>15</sup> *Boletín I de la División...*, AHINAH; y en García, *Documentos históricos...*, [s. p.].

<sup>16</sup> “Informe del padre Marín acerca de Mier”, Padilla, 3 de junio de 1817, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para...*, t. VI, p. 647.

tomado aquél, debían ser con arreglo a la Constitución establecida por las Cortes, para poder entonces ser cumplidas.<sup>17</sup>

Quizá los habitantes no entendieron del todo aquello que se les decía, pero se asegura que, como Mier era un reconocido orador, logró conmover a su audiencia con sus palabras, llegando a hacer llorar de emoción a varios de los que le escucharon.<sup>18</sup>

Continuando con su estrategia, el 26 de abril los expedicionarios publicaron el *Boletín I de la División Auxiliar [sic] de la República Mexicana*, por orden de Mina y bajo la supervisión de Diego Noboa, jefe del Estado Mayor. En esta publicación se hacía un rápido recuento de la vida de Xavier desde sus días de Navarra, pasando por la ruta que siguió para formar la expedición hasta el desembarco en Soto la Marina. También se insertaron las proclamas que Mina expidió en el río Bravo y en Galveston, ésta última con algunos cambios en la redacción.<sup>19</sup>

El impreso y los discursos lograron atraer a algunos vecinos de las poblaciones cercanas, quienes finalmente se unirían a la División. Sin embargo, Xavier, aunque recibía con alegría la llegada de estos nuevos elementos, trataba de atraer principalmente a criollos y peninsulares, sobre todo a los que formaban parte del ejército virreinal. Pensaba que en su calidad de liberal español, de guerrillero en la invasión napoleónica y de compañero masón<sup>20</sup>

<sup>17</sup> “Declaración de José María Cisneros”, *ibid.*, p. 748.

<sup>18</sup> “Declaración de Domingo Andrés”, *ibid.*, p. 678. Se debe tomar en cuenta que en aquella región no habían prendido las ideas independentistas con la misma fuerza que en el centro y sur del virreinato.

<sup>19</sup> *Boletín I de la División...*, AHINAH, y en García, *Documentos históricos...*, [s. p.]. Éste parece ser el único número encontrado de la publicación, pues no existe una referencia de otro, a pesar de que Mier “se acuerda que los primeros boletines [¿fueron varios?] los dictó e imprimió en el desembarcadero estando ya Mina y toda la División en Soto”. “Segunda confesión con cargo de Mier”, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 832. Por su parte, Amaya Garritz—quien encontró un ejemplar del *Boletín* en el Archivo General de Indias de Sevilla— dice que “la impresión de tres hojas fue al parecer el primero de tres números publicados, aunque los otros dos no se conozcan”. Amaya Garritz, *Impresos novohispanos, 1808-1821*, t. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, p. 578-579.

<sup>20</sup> Se sabe que algunos de los integrantes de la División eran masones y se presume que Xavier también. No obstante, Mier declaró durante su prisión que: “... aún de los que vinieron en la expedición, [él] no puede decir de ninguno en

podría atraerse a sus iguales de la península o novohispanos, ya fueran militares, comerciantes, autoridades y gente pudiente, liberales a los que esperaba encontrar en buena cantidad en América. Cabe señalar que “la masonería —comenta Alamán— había hecho en España grandes progresos, especialmente en el ejército, y casi todos los oficiales de aquellos cuerpos estaban iniciados en ella...”, por lo que la idea de Mina de atraerlos no era infundada.<sup>21</sup>

Por ello, con la ayuda del doctor Joaquín Infante, nombrado director de la imprenta, les dirigió una proclama más particular. Este corto documento del 18 de mayo de 1817 está firmado por Mina, en Soto la Marina, y en él se dirigió en primer lugar a los “Soldados españoles del Rey Fernando”, a los que calificó de fascinados por una pasión hacia un mal monarca y sus agentes; por ello, les hace saber que viene él, su compatriota, para “desengañarlos, sin otro interés que el de la verdad y la justicia”.

Con esa intención, les informaba la actitud que tomó el rey español contra los que lucharon por liberar a su patria de los invasores franceses: “Los hombres que más trabajaron por su restauración y por la libertad de ese ingrato, arrastran hoy cadenas, están sumergidos en calabozos o huyen de su crueldad.” Les aseguró que el servir al rey los degradaba “hasta constituirlos verdugos de un pueblo inocente, víctima de mayor crueldad por iguales principios que los que distinguieron al pueblo español en su más gloriosa época”. Así, intentó hacerles entender que el lugar de los soldados españoles era del lado de los americanos y españoles liberales, nunca con Fernando VII, quien les había pagado mal.

En la segunda parte del documento escribió a los “Soldados americanos del Rey Fernando”. Les proponía que si la fuerza los “mantiene y obliga a que persigáis a vuestros hermanos, es tiempo de que salgáis de tan vergonzoso estado”. Los convocaba a dejar la situación que habían sufrido durante tres siglos: “Uníos

particular que lo sea [masón] y sabe ciertamente que Mina no lo era...” “Décimoctava declaración de Mier”, Santo Oficio de la Inquisición, 4 de diciembre de 1817, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, p. 821.

<sup>21</sup> Lucas Alamán, *Historia de Méjico, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, t. IV, facsímil de la edición de 1851, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 561.

a nosotros que venimos a liberarlos sin más fin que la gloria que resulta en las grandes acciones”. Les decía que sabía que habían recibido sólo malas experiencias de la metrópoli y de los malos españoles, quienes “han venido hasta aquí a subyugaros y enriquecer a costa vuestra”. Les aconsejó que a los que seguían al lado de aquéllos “por cobardía, interés o ambición, abandonadlos, detestadlos y aun destruidlos; son peores que los tiranos principales a los que se juntan, pues degeneran de su propia naturaleza y se sacrifican a tan rastreras acciones”.

Trató de hacerles ver que “el suelo precioso que poseís, no debe ser patrimonio del despotismo y la rapacidad” y los animaba indicándoles que era el momento para actuar, que las condiciones estaban dadas para el cambio de su situación. Les aconsejaba aprovechar que la providencia les estaba proporcionando “la mejor coyuntura para cambiar vuestra abyección y miseria”. Finalmente los arengó: “Uníos, pues, a nosotros y los laureles que ceñirán vuestras sienes, serán un premio inmarchitable, superior a todos los tesoros”.<sup>22</sup>

La proclama y su difusión lograron en parte sus objetivos, pues se consiguió que llegara a manos de diversos oficiales y soldados realistas, a quienes puso a vacilar sobre la posición que debían tomar en consecuencia. Por lo mismo, algunas de estas proclamas y publicaciones fueron encontradas en posesión de varios de ellos, quienes las conservaban en secreto, mientras otros las delataban a sus jefes. Los impresos llegaron a manos del propio virrey quien, ante esta situación tan amenazadora, mandó constantes mensajes a los diferentes jefes realistas para que cuidaran

<sup>22</sup> Xavier Mina, *Proclama de Soto la Marina*, Soto la Marina, 18 de mayo de 1817, AHINAH, C. B., v. 13, 8, f. 22; y Alamán, *Historia de México...*, Apéndice, p. 58. También originales en “Colección Thomas W. Streeter”, en Olivia Samantha Álvarez Macotela, *Texas en la Colección Thomas W. Streeter. Catálogo y estudio introductorio*, tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1996, p. 109; doc. 46, circular, TS, rollo 12, n. 678, [1]. Es curioso que el mismo 18 de mayo Arredondo escribió también una proclama a la población, donde desacreditó a Mina y a Mier e invitó a los extranjeros a indultarse. Arredondo a los habitantes de Nuevo Santander, Cerro de Santiago, 18 de mayo de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1043-1044.

que dichos documentos “incendiarios” no fueran leídos ni propagados entre la tropa.

Por otra parte, como Felipe de la Garza no hacía ningún movimiento contra ellos, Mina y Mier insistieron en atraerlo a su lado, por lo que le escribieron nuevas misivas el 27 de abril. Xavier le informaba que ya había tomado posesión de Soto la Marina y que “sólo me ha sido sensible la ausencia de V. Md. de quien me prometía mucho”. Le confesó que sabía que estaba cerca, pero que no le había enfrentado porque “... no es mi ánimo hacer la guerra a los americanos y menos a los que como V. Md. pueden ser atraídos a la justa causa de la libertad de su mismo país”.

Algo sincero reconocía el navarro: “... yo pienso que acaso solamente podrá no determinarlo [a unirse] la poca esperanza que tenga en el éxito de nuestra empresa, habida consideración a las fuerzas de Arredondo. Estoy impuesto de su número, pero acostumbrado a hacer la guerra tengo la experiencia que no es el número de tropas el que da la victoria, sino su calidad”. Mina no tenía duda sobre su División, por lo que le exhortó: “Aníme-se, pues, V. Md., venga a mi lado con más honores y tenga la gloria de ser uno de los libertadores... véngase V. Md. que entonces —reconoce el general rebelde— se aumentará la fuerza moral, única cosa que necesito.”

“Eche una ojeada sobre estos fértiles suelos —lo invitó—, observe la pobreza de sus habitantes y convéznase que todo es debido al sistema de gobierno. Seamos útiles a la posteridad y hagamos eterno nuestro nombre... Véngase V. Md. y tendrá a su disposición cuanto sea necesario para equipar y municionar mil o dos mil hombres.” Para concluir, le pidió Xavier que si acaso no quisiera cooperar con él por la independencia mexicana contra el absolutismo, “a lo menos téngame confianza y póngase en comunicación conmigo. Yo iré a donde V. Md., me cite y tendré la mayor satisfacción en conocerle”.<sup>23</sup>

Mier también escribió ese día a De la Garza, a quien llamó “primo”: “¡Con cuánto dolor —exclamaba— he visto que, sabiendo

<sup>23</sup> Mina a De la Garza, Soto la Marina, 27 de abril de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina...”, p. 1018-1019.

V. Md. quiénes éramos, haya V. Md. dejado el pueblo y no vuelva a unirse con los libertadores de nuestra oprimida Patria!”. Le mencionó que no podía dudar de la posición que debía tomar cuando se tenía la aceptación del Parlamento de Inglaterra y del de los Estados Unidos “... que ya nos han reconocido como República independiente, ¿[acaso] vendríamos a sacrificar, inútilmente, tanta gente escogida, tanto oficial brillante, sin estar seguros del triunfo? Primo, yo soy su carne y su sangre, tengo acá toda mi familia y no puedo menos que decirle la verdad...”.

Después lo puso al tanto de la situación en la Península y de Fernando VII, a quien, le aseguró, depusieron las Cortes, y que era el mismo que no tuvo reconocimiento de la Regencia, al que detestaba la Europa entera y a quien los reyes de la Europa reunidos en el Congreso de Viena excluyeron de su confederación. Le afirmaba que “... ya cuando nosotros salimos de Inglaterra, iban cuatro insurrecciones para matarlo y al fin lo conseguirán 52 000 hombres de la Flor de la Nación, que tiene presos aquel bárbaro...”. Le aseguró que “... de todas las partes de Europa están desprendiéndose expediciones en nuestro socorro y ya libertaron a Caracas, Buenos Aires va triunfante, nosotros estamos esperando otras...”, y que el monarca no tenía forma de contrarrestarlas.

“Ah, primo, —exclamaba nuevamente—, desengáñese V. Md. España está enteramente impotente y por eso ha recurrido a indultos para engañarlos. Para engañarnos digo, y desarmarnos y después satisfacer su venganza hasta destruirnos.” Más adelante le señalaba: “Tiempo es que comercemos con todo el mundo y cultivemos cuanto pueda producir nuestro suelo. No necesitamos sino unirnos y está todo concluido. Sólo nuestra división da fuerza a la España...”.

Al tiempo, recomendó a Mina: “Ahora tenemos un general, que ni buscado con candela, por su crédito, su experiencia, su valor, su pericia y el ardor con que ha abrazado nuestra causa...”, y le hablaba de las intenciones de los expedicionarios, los cuales “venimos no a mandar sino a ayudar a los americanos a liberarse, a buscar hermanos en los criollos y no a matarlos, a enriquecerlos, no a robarlos”.

“Véngase V. Md. acá con los que pueda —lo invitó— y la Patria sí que premiará a V. Md. inmediatamente con el grado de coronel. Si no incurrirá V. Md. en traidor [*sic*] a la Patria, [que] al cabo ha de ser libre, porque 10 000 000 de almas que contiene esta América desde Panamá, que quieren ser libres y que ya en el Congreso Mexicano declararon su independencia el día 16 de septiembre de 1813, la tendrán por fuerza...” Se despedía el sacerdote con una posdata de adorno. “Le envío a V. Md. una copia de nuestra canción patriótica, que yo mismo he compuesto.”<sup>24</sup>

Pero muy lejos, en el interior del virreinato, aquellos papeles también habían llegado a los insurgentes, por lo que desde el miércoles 30 de abril se cuestionan en su *Gaceta del Gobierno Provisional Mexicano de las Provincias del Poniente* —periódico de la Junta de Jaujilla, heredera directa del Congreso de Morelos y que contaba también con imprenta—, sobre por qué los realistas los trataban más suavemente. Se debe, deducían, a “la protección directa e indirecta de los Estados Unidos, y de la Gran Bretaña; [y a que] sus numerosas tropas auxiliares al mando de expertos Generales guerreros que están en nuestro continente y que han triunfado en las inmediaciones de Altamira; [ese] es el motivo verdadero de la afabilidad, y mansedumbre que estáis observando en los Gachupines”.<sup>25</sup>

En la misma *Gaceta* se publicó un mensaje del entonces brigadier y comandante general del Potosí, Pedro Moreno, del 14 [pero sabemos que más bien era el 24] de abril a la Junta sobre avisos que le llegaron del norte, los cuales hablan de “... que por la costa de Altamira, en la Bahía del Espíritu-Santo había habido un gran desembarco de nuestros aliados los Anglo-Americanos; y que [en consecuencia] se estaban reuniendo los gobernadores y comandantes [realistas] de Chihuahua, Coahuila y Monterrey”.<sup>26</sup>

<sup>24</sup> Mier a De la Garza, Soto la Marina, 27 de abril de 1817, *ibid.*, p. 1015-1018.

<sup>25</sup> *Gaceta del Gobierno Provisional Mexicano de las Provincias del Poniente*, t. I, n. 5, miércoles 30 de abril de 1817, en García, *Documentos históricos mexicanos...*, [s. p.].

<sup>26</sup> *Idem.*

En realidad el general navarro no estaba tan equivocado en cuanto a sus expectativas e intenciones, sólo que no había llegado en el momento ni en el lugar más adecuado. “Ya está ahí Mina (se decían en Veracruz unos a otros los gachupines) —comenta Bustamante, testigo presencial—, yo los observaba en aquella plaza y entiendo que si su desembarco se hubiera verificado por Boquilla de Piedra, viera abrírseles las puertas de la ciudad, y flanqueándole los tesoros de aquellos comerciantes.”<sup>27</sup>

No pasó mucho tiempo para que los discursos, las acciones y la propaganda de la expedición rindieran mayores frutos. Así, el teniente coronel realista Valentín Rubio y su hermano, que era teniente, se presentaron a Mina, poniéndose a sus órdenes junto con 100 de sus soldados, entre ellos el cadete Rubio, hijo del coronel, y casi igual número de caballos. Este hecho dio a Xavier buenos augurios, pues constituía un buen principio y la prueba palpable de que no estaba errado y de que sus intenciones eran posibles. Del mismo modo se le fueron presentando también numerosos paisanos de diversas regiones, con lo que pudo sumar otros 200 hombres más a sus fuerzas.

Los nuevos reclutas eran registrados con sus filiaciones, como la de “José Carmona, natural de San Antonio Béjar, provincia de Texas, hijo de Manuel Carmona y de María Guadalupe de la Cerda, de edad de 30 años bautizado en la iglesia de dicho pueblo sentó plaza voluntariamente en el primer regimiento de caballería de la División Auxiliar del general Xavier Mina para servir como soldado de dicho cuerpo mientras dure contra el despotismo del gobierno del rey de España”.<sup>28</sup> En el cuadro 1 se detallan las filiaciones de algunos otros reclutas.

Los hombres alistados por Mina eran en su mayoría gente joven de diferentes lugares del virreinato. Algunos seguramente eran miembros o descendientes del movimiento de Hidalgo o Toledo que quedaron diseminados en la región después de la

<sup>27</sup> Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución...*, p. 337.

<sup>28</sup> “Filiaciones de individuos que sentarán plaza en la División de Mina”, abril de 1817, en Archivo General de la Nación [en adelante AGN], *Operaciones de Guerra*, t. 943, f. 160-161.



derrota. Estos elementos fueron repartidos entre la caballería, el primer regimiento de línea, los húsares y los dragones de la División.

Cuadro 1  
ALGUNOS RECLUTAS QUE SENTARON PLAZA EN LA DIVISIÓN DE MINA,  
ABRIL DE 1817

<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Lugar de origen</i>
José Francisco Alderete	50 años	Guadalajara
José Carranza	18 años	Valladolid
José Joaquín Álvarez	16 años	Dolores
José Víctor de Loya	22 años	Dolores
Gregorio Pastrán	23 años	Tepiapulco, México
José Guadalupe Hernández	20 años	Tulancingo, México
José Domingo Mendoza	28 años	Sempoala
José María Puyesa	30 años	Tulancingo, México

FUENTE: “Filiaciones de individuos que sentarán plaza en la División de Mina”, abril de 1817, en Archivo General de la Nación, *Operaciones de Guerra*, t. 943, f. 160-161.

Por los mismos días, explotando en lo más posible el arma de la imprenta manejada por el oficial estadounidense José Samuel Bangs,<sup>29</sup> el doctor Infante compuso la que llamó “Canción patriótica”, con el fin de dar ánimos y que sirviera de himno a los expedicionarios. En ella vienen reflejados diversos pensamientos de la expedición y de este cubano en particular, pues sin titubear llama *mexicanos* al pueblo novohispano en general, señala que los expedicionarios, por su condición de republicanos y liberales, venían a auxiliarlos contra la tiranía. Les indica que Mina iba al frente y que sobre él debían reunirse, pues finalmente buscaban lo mismo: terminar con el régimen despótico español, bajo los ideales de independencia, libertad, religión y gloria. La letra es la siguiente:

<sup>29</sup> José Samuel Bangs, habiéndosele perdonado la vida por su oficio en la capitulación del fuerte de Soto la Marina, sería a la postre el primer impresor de Tamaulipas, Coahuila, Nuevo León y Texas. Moriría en Kentucky en mayo de 1854.

*Canción patriótica que al desembarcar el general Mina y sus tropas, compuso Joaquín Infante auditor de la División Auxiliar de la República Mexicana*

Acabad mexicanos  
de romper las cadenas,  
con que infames tiranos  
redoblan vuestras penas.

De tierras diferentes  
vinimos a ayudaros,  
y a defender valientes  
derechos los más caros.  
En vuestra insurrección  
todo republicano  
toma gustoso acción,  
quiere daros la mano.

Acabad & c.

Mina está a la cabeza  
de un cuerpo auxiliador;  
él guiará vuestra empresa  
al colmo del honor...  
Si españoles serviles  
aumentan vuestros males,  
también hay liberales  
que os den lauros a miles.

Acabad & c.

Venid, pues, mexicanos,  
a vuestros batallones;  
seamos todos hermanos  
bajo iguales pendones.  
Forzad con noble saña  
ese yugo insolente,  
que hoy gravita la España  
tan indebidamente.

Acabad & c.

Nuestra gloria ciframos  
en que seáis exaltados:  
veros, pues, procuramos  
libres y emancipados.  
De nuestros sacrificios  
no queremos más premio:  
los sucesos propicios  
serán, si hacemos gremio.

Acabad & c.

Abajo los partidos,  
y toda vil pasión:  
estando siempre unidos  
formaremos nación.  
Independencia, gloria,  
religión, libertad:  
grábense en nuestra historia  
por una eternidad.

Acabad & c.

Los mozos, los ancianos  
las mujeres también  
esfuerzos sobrehumanos  
hagan hoy por su bien.  
Y si los opresores  
no huyeren arredrados,  
por vuestros defensores  
serán exterminados.

Acabad & c.<sup>30</sup>

<sup>30</sup> *Canción patriótica que al desembarcar el general Mina y sus tropas, compuso Joaquín Infante, auditor de la división uaxilair [sic] de la República*

Como ya se mencionó también Mier escribió una canción que fue poco conocida, pues no llegó a imprimirse nunca, pero la tradición la ha guardado. La obra cantaba en parte:

La patria, americanos,  
nos llama a su bandera,  
y a destruir a los tiranos  
su trompeta guerrera...<sup>31</sup>

Como se esperaba, las publicaciones hicieron mella en las tropas realistas, por lo que las autoridades debieron tomar alguna medida en contra. De tal forma, no fue sólo el virrey el que desempeñaba el papel de desacreditar a Mina y sus hombres, sino que incluso algunos “fieles vasallos” —como se autodenominaban los americanos partidarios del rey español— hacían ese trabajo.

Entre ellos se encontraba un tal José María de las Casas, natural de la Villa de Padilla, quien con el fin de obtener alguna ventaja por parte de Apodaca, compuso y difundió en mayo 20 de 1817, una que llamó “Canción patriótica”, en contraposición a la realizada por Infante. Canción “... que escribí —cuenta al virrey con singular ortografía— contra los facciosos y seductores papeles que desparramó el rebelde Mina con que quiso persuadir a las gentes que venía de defensor de éste reyno por que se trataba del exterminio de todos los vibientes de estos paíces, con miles de sofismas cismáticos y ceductores...”. La canción “que dirigí por todos los lugares a gran prisa vajo de mi firma poniendo cartas particulares a cada lugar...”, repetía los adjetivos que las autoridades españolas daban a los insurgentes en general y a Mina en particular llamándolo “traidor”; en cambio resalta que

*Mexicana*, Soto la Marina, 1817, impresa por Samuel Bangs, AHINAH, C. B., v. 13, f. 23. (este documento se encuentra manuscrito aunque se señala la existencia del impreso en el mismo archivo); original de 28 por 19 cm también en “Colección Thomas W. Streeter”, en Álvarez Macotela, *Texas en la Colección...*, p. 109; doc. 42, canción, TS, rollo 12, # 675, (1) f. La canción es reproducida por diversos autores, como Bustamante, *Cuadro histórico de la...*, p. 328-330.

<sup>31</sup> Juan Fidel Zorrilla, *Historia de Tamaulipas*, Ciudad Victoria, Universidad Autónoma de Tamaulipas, 1977, p. 22.

Fernando VII es quien los “quiere y ama”, que él mismo y quienes piensan igual son “sus leales hijos”, que “en el trono le tenemos”; y al virrey lo considera “nuestro defensor”.

Mientras advierte al pueblo que Mina quiere seducirlos hablándoles de libertad, entiende bien que pretende quitar el derecho de gobernar al Rey, y arguye, intentando engañar, que una vez logrado ese objetivo repartirá estas tierras entre sus “viles ministros”. La canción en su inicio dice:

Estribillo que se repetirá en cada verso  
A la Arma, A la Arma, A la Arma  
Muera Mina por Traidor  
Y Viva el Rey Fernando  
La Patria y Religión

El Rey nos quiere y Ama  
Pues somos sus leales hijos  
en el trono le tenemos  
siempre Amante y mui propicio  
A la Arma...<sup>32</sup>

### *Acción en la hacienda de Palo Alto*

Los expedicionarios comenzaron a reconocer la zona y cuando un grupo se acercó a la hacienda de Palo Alto (hoy ejido Nicolás Bravo, municipio de Abasolo, Tamaulipas), su dueño, Ramón de la Mora, ofreció ayudar con provisiones y armas a la causa, pero con el pasar de las horas descubrieron que De la Mora los había engañado para ganar tiempo y huir con todas sus pertenencias. Al enterarse, Xavier decidió dar un escarmiento al hacendado y

<sup>32</sup> José María de las Casas, “Canción patriótica”, Villa de Padilla, 20 de mayo de 1817, *Boletín del Archivo General de la Nación*, t. XVII, n. 3, 1946, p. 354-357. De las Casas envió la canción a Apodaca, escrita con la ortografía que aquí se respeta, en el tardío 8 de agosto de 1818 esperando “derrame un rasgo de su bondad, en mi favor —escribió—, como así lo espero de la clemencia de la Alta Superioridad de V. E.”.

junto con 20 dragones y 80 hombres a caballo, comandados por el coronel Perry, se dirigió a aquella propiedad el 28 de abril, decidido a tomarla por sorpresa.<sup>33</sup> En el camino supo que De la Mora tenía una fuerza numerosa para protegerlo, por lo que dividió a sus hombres en dos segmentos: la infantería con Perry continuó de frente, mientras él con la caballería siguió por otro camino hacia la retaguardia de la hacienda, para atacarla a un mismo tiempo a dos fuegos.

Ocupó el general su posición y al momento convenido lanzó un ataque que no tuvo respuesta. En efecto, el lugar había sido desalojado hacía poco tiempo, pues algunas casas aún tenían prendidas las luces. De la Mora había conseguido salir con sus fuerzas llevándose la mayor parte de sus bienes y más de 100 000 duros, para acampar a 55 kilómetros de ahí, habiendo dejado a su esposa a su suerte —aunque ésta alcanzó a refugiarse en la Misión de las Palmas—. Ya dueño de la hacienda, Xavier se enfadó por no encontrar ahí a Perry y sus hombres, como lo habían acordado. Después de un tiempo de espera y al no tener noticia alguna de su infantería, regresó a Soto la Marina molesto y frustrado por el resultado de la acción.

Perry, por su parte, había llegado a la hacienda cuando su dueño estaba en pleno escape, por lo que, dejando avisos a Mina con los habitantes del lugar, fue tras los fugitivos y sus riquezas. Una vez que se alejó el estadounidense, los pobladores desalojaron la hacienda apresuradamente por lo que no hubo quien avisara al navarro de los pasos seguidos por su infantería.

De la Mora se encontraba acampando en una llanura con la seguridad de no ser perseguido; pero los divisionarios de Perry cayeron sobre él y lo derrotaron fácilmente. Le tomaron todas sus pertenencias y los 100 000 pesos en oro; sin embargo, cuando regresaba a Soto la Marina con el cargamento, se presentó ante ellos Felipe de la Garza con 350 soldados. El coronel americano ordenó a sus fuerzas situarse en una posición ventajosa para

<sup>33</sup> José Luis Aguilar Guajardo, “A 200 años de la batalla de la Puerta en Santillana (Abasolo, Tamaulipas)”, *Hoy Tamaulipas*, 27 de abril de 2017, en [http://www.hoytamaulipas.net/notas/292712/A-200-anios-de-la-Batalla-de-la-Puerta-en-Santillana-\(Abasolo-Tamaulipas\).html](http://www.hoytamaulipas.net/notas/292712/A-200-anios-de-la-Batalla-de-la-Puerta-en-Santillana-(Abasolo-Tamaulipas).html) (consultado en julio de 2017).

contener el ataque tan desigual, en tierras pertenecientes a la hacienda de la Puerta. Después de un momento de indecisión, De la Garza se adelantó y conferenció con un oficial de la División. El realista ofreció el perdón a cambio de que los insurgentes depusieran las armas, pero no fue aceptada esta condición y ambos bandos se prepararon para la batalla.

Los hombres de Perry esperaron el ataque, animados por el que sería su primer enfrentamiento. El coronel “arengó a sus soldados con el mayor entusiasmo, recordándoles que la patria tenía los ojos fijos en ellos y que ya se había presentado una ocasión de mostrar que eran dignos de la causa que habían abrazado”.<sup>34</sup> Fue entonces que la caballería realista atacó al grupo con ímpetu, como era su costumbre estratégica, pero fueron rechazados por completo. Algo confundido, De la Garza lanzó varios ataques continuos pero sin lograr avances, por lo que no tuvo otra salida que retirarse tímidamente, dejando nueve de sus hombres muertos y conformándose con seguir observando de lejos los movimientos de los expedicionarios.

Los de la División no pudieron seguirlos por falta de caballería, y por el mismo motivo tampoco consiguieron llevarse todo lo tomado en Palo Alto. Al notar que no serían nuevamente atacados, Perry y sus hombres regresaron con cierta tranquilidad hasta Soto la Marina para rendir cuentas al general. En total habían perdido tres hombres: dos que fueron prisioneros y un muerto. Sin embargo, los expedicionarios habían demostrado que tenían suficiente capacidad para enfrentar fuerzas enemigas superiores en número.

### *Disposiciones defensivas del virrey Apodaca*

Por su parte, el virrey Juan Ruiz de Apodaca no podía aceptar que Mina hubiera podido desembarcar y penetrar en territorio novohispano, a pesar del tiempo que había tenido para tomar medidas y prevenirlo; de nada habían servido sus alertas y disposiciones

<sup>34</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 107.

para detenerlo antes o en el momento mismo de su llegada. Con un pretexto u otro, el ejército realista se había mantenido a la expectativa, dejando a Mina maniobrar en libertad y hasta obtener ya una victoria sobre las tropas del rey. Ante tales acontecimientos, Apodaca decidió enfrentarlo de manera más enérgica y con toda su capacidad; no en balde contaba con los 3 987 hombres que Calleja le había heredado, desde septiembre de 1816, para defender aquella provincia de los ataques del exterior.<sup>35</sup>

Por lo mismo, escribió el 5 de mayo a Arredondo, comandante general de las Provincias Internas del Este: "... veo con satisfacción que a consecuencia de los avisos que había recibido, de haber desembarcado el traidor Mina en Soto la Marina, se ponía en marcha al día siguiente [27 de abril] con el objeto de atacar a este malvado y castigar su atrevimiento..."; pero le advertía tajante: "Por ahora cuide V. S. de toda preferencia de atacar esos malvados y pasar a cuchillo cuantos se presenten, para que ni uno solo vuelva a embarcarse...".<sup>36</sup>

De igual manera, movilizó al mayor número de fuerzas que podía disponer para organizar una campaña contra el ahora insurgente más amenazante: Xavier Mina. Como Arredondo tenía poca infantería ordenó que se le uniera el batallón de Fernando VII, recientemente destinado a Guanajuato, y se dispuso que todas las líneas inmediatas al río de Tampico, desde la costa hasta Sierra Gorda, formasen un sólo cuerpo a las órdenes de Benito de Armiñán, coronel del batallón de Extremadura. Así, recibiría este jefe la reunión del teniente coronel Facundo Melgares, con una sección de caballería de Durango o Nueva Vizcaya; del también teniente coronel Francisco de las Piedras con el escuadrón de Tulancingo; del mayor Rafols con el batallón 1o. Americano y un piquete provincial de México; del capitán Villaseñor

<sup>35</sup> Así lo asegura Miquel i Vergés en una nota para Servando Teresa de Mier, *Escritos inéditos*, introd., notas y ordenación de textos por J. M. Miquel i Vergés y Hugo Díaz-Thomé, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 1985, p. 66.

<sup>36</sup> Apodaca a Arredondo, México, 5 de mayo de 1817, en Guzmán, "Francisco Javier Mina en...", p. 1014.



con su escuadrón de Sierra Gorda, y del capitán Terrazas, con sus realistas de Río Verde.<sup>37</sup>

También ordenó el virrey cubrir los puntos que podrían quedar desprotegidos por la marcha de tan numerosas fuerzas. Entonces, Márquez Donallo movió su División y la de Francisco Hevia para estacionarse en Misantla y mandó a algunos cuerpos de la propia guarnición de México a que salieran para cubrir los Llanos de Apan y el camino de Veracruz. De igual forma el virrey ordenó a Carlos María Llorente, 2o. comandante general de la Huasteca, que impidiera que Mina entrara por aquellas tierras, a lo que Llorente respondió optimista desde Huachinango, el 26 de mayo, "... crea V. S. ciertamente que ni el traidor Mina ni ningún enemigo del Rey penetrará mi territorio".<sup>38</sup>

Fue tal el movimiento de hombres del virrey que los insurgentes del interior se dieron cuenta de que algo estaba pasando. Pedro Moreno creía que tales disposiciones realistas, "tenían por objeto el ataque de nuestros campos fortificados, [sin embargo, se había enterado de]... que su dirección es para las Provincias Internas; y que allí hay fuerzas considerables, supuesto que las han reunido los gachupines, para contrarrestarlas...". "La Ciudad del Potosí —continuaba— se contempla como el punto de reunión, a donde llegaron la semana pasada 1 300 aliados procedentes de Guanajuato y lugares contiguos." Informaba que se habían reunido tropas de Galicia y Zacatecas y que le llamaba la atención que "... los pertrechos y municiones de guerra, son de mucha consideración, de lo que podemos inferir que se hallan en grande estrecho y aflicción".<sup>39</sup>

Ante el desembarco de extranjeros, el gobierno de Apodaca intentó confundir a los patriotas sobre las verdaderas intenciones

<sup>37</sup> Alamán, *Historia de Méjico...*, p. 569. Con tales movimientos y disposiciones el virrey trataba de bloquear a Mina, quien cargó con el peso de la insurgencia novohispana de ese periodo.

<sup>38</sup> Llorente a Apodaca, Huachinango, 26 de mayo de 1817, AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 983, f. 52.

<sup>39</sup> Pedro Moreno a su superior en la provincia de Guanajuato, José Antonio Torres, en *Gazeta [sic] Extraordinaria del Gobierno Provisional...*, t. I, del jueves 15 de mayo de 1817, en García, *Documentos históricos...*, [s. p.].

de aquéllos; el virrey les aseguró que dichos forasteros eran invasores que querían apoderarse del territorio novohispano. Así lo informó José Antonio Torres a la Junta de Jaujilla; les indicó que el día 7 había aparecido “... un bando seductivo ofreciendo el indulto a nuestras tropas para que unidas hicieran resistencia a la fuerza extranjera que, indefectiblemente consta de cuarenta mil hombres”.<sup>40</sup> Es por ello que el virrey calificó a su ejército como “aliados”, aparentando fusionarse con los patriotas americanos en contra de los invasores, ahora supuestos enemigos comunes.

No obstante estas providencias realistas, los divisionarios se movían con cierta tranquilidad, pues Felipe de la Garza había recibido orden del gobernador de no atacar, sino de ir retirándose a resguardar la capital de la provincia: “Le prevengo [a De la Garza] —escribió el gobernador Echeandía a Arredondo desde Aguayo el 28 de abril—, que manteniéndose sólo a la mira de los enemigos, se vaya replegando con sus fuerzas sobre esta capital a proporción que aquellos vayan avanzando”.<sup>41</sup>

Por su parte, Mina no quiso dejar ningún cabo suelto y al enterarse de que se había difundido que él y sus extranjeros eran “herejes” y masones, decidió ofrecer una misa al pueblo de Soto la Marina para desmentir tal afirmación. En realidad algunos de sus hombres eran masones, unos más eran ateos, otros eran católicos o protestantes, aunque pensaban que no por ello debía considerárseles como enemigos. En una ocasión, por ejemplo, el coronel Noboa aseguró que “bastaba sólo saber y creer en un solo Dios verdadero, para salvarse, aunque siga el hombre cualquier secta o religión”.<sup>42</sup>

<sup>40</sup> *Gazeta [sic] del Gobierno Provisional...*, t. I, n. 6, sábado 10 de mayo de 1817, *ibid.*

<sup>41</sup> Toribio de la Torre, *Historia general de Tamaulipas*, facsímil de la edición de 1843, Ciudad Victoria, Universidad Autónoma de Tamaulipas, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986, p. 230. Con esta evidencia se esclarece en parte la actitud de “observador” de De la Garza, la cual no se explican algunos autores y la califican de temor a enfrentar a Mina.

<sup>42</sup> “Tercera declaración del padre Marín”, Soto la Marina, 15 de marzo de 1818, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 746.

Para efectuar la misa, el 14 de mayo el doctor Mier y Xavier se entrevistaron con el párroco del lugar, Manuel Marín, quien se negó a oficiarla pretextando falta de vino para consagrar. El navarro envió entonces una carta al vicario de la población vecina de Croix y otra más a la de Palmillas, solicitando el vino;<sup>43</sup> pero ante la insistencia del religioso en que no había aquella bebida, Mier contestó que la ceremonia se llevaría a cabo, “así hubiera de celebrar la misa con aguardiente”. Y cumplió su palabra, pues enseguida mandó traer mezcal y la misa se efectuó sin más contratiempo. Al amanecer del día siguiente se supo que el padre Marín se había fugado de la población y que había detallado todos los sucesos a los realistas.<sup>44</sup>

De cualquier modo, los expedicionarios se iban afianzando, por lo que el 16 de mayo Apodaca reclamó el lento proceder de Arredondo, pues desde

el 26 de abril último —le reprochaba—, me ofreció V. S. salir al día siguiente contra el traidor Mina y sus secuaces, y no lo verifiqué; en el [oficio] número 586, 30 del mismo, me dijo V. S. iba a salir a marchas forzadas, y tampoco lo ha cumplido; y habiéndome comunicado de San Luis Potosí, que el [día] 4 se hallaba V. S. en Monterrey y que pensaba salir el 5, dudo a vista de estos antecedentes si lo habrá verificado. Sé también... tiene ya a su disposición cincuenta mil pesos. ¿Qué motivos pueden haber retardado una marcha que debió verificarse momentáneamente?<sup>45</sup>

Pero el coronel ni se inmutaba, ya que, debido a la lejanía de la capital novohispana, a su personal poder económico y militar, al reconocimiento que había alcanzado con la derrota de los insurgentes en 1813 y a las propias circunstancias de Nuevo Santander, se dice que se sentía un pequeño virrey en aquella provincia, dedicándose a sus “mañas” favoritas: promover competencias con

<sup>43</sup> Xavier Mina al cura y vicario de Croix, Soto la Marina, 14 de mayo de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1063.

<sup>44</sup> “Tercera declaración del padre Marín”, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 745, y Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 186.

<sup>45</sup> Apodaca a Arredondo, México, 16 de mayo de 1817, en Refugio Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1031.

las autoridades y con el cabildo eclesiástico; disolver la diputación provincial de Monterrey, y hacer sumarias, ejecutar prisiones y demás excesos, además de no hacer caso a las órdenes del virrey.<sup>46</sup>

### *Diseminación expedicionaria por Nuevo Santander*

Mientras tanto, Xavier continuaba moviéndose rápidamente para extender sus redes de comunicación y apoyo. Pensó que, ante la ausencia de presión realista, debía recorrer la región para darse cuenta de la situación real en que se encontraba la insurgencia, así como esparcir su pensamiento, atraerse más hombres y poder adquirir algunas provisiones y pertrechos que le hacían falta, por lo que ordenó reconocimientos por algunas de las 30 fundaciones existentes en aquel tiempo en Nuevo Santander, a través de partidas que no pasaban de 20 hombres cada una. A pesar de su corto número, Felipe de la Garza continuó con su actitud de observarlas y dejarlas transitar por el territorio.<sup>47</sup>

De esa forma, entró el 6 de mayo a las tres de la tarde en la pequeña población de Croix (hoy Villa de Casas), con 200 soldados, donde fue alcanzado al día siguiente por el capitán Pat y otros 100 rebeldes. El general distribuyó ahí un bando con la orden de que regresaran las familias emigradas, además de que nombró nuevas autoridades y mandó quemar una picota que se levantaba en el lugar. El cura de la población, fray Ildefonso Moreno —quien informaría todo a los realistas— les hizo la observación de que no traían a los hombres suficientes para enfrentar al ejército virreinal, a lo que “... respondió un tal Zárate —contaría el padre—, que es diputado de Tlaxcala y le dan tratamiento

<sup>46</sup> José Eleuterio González, “El movimiento de independencia en el Nuevo Reino de León”, en José Luis García Valero y Celso Garza Guajardo, *Nuevo León: textos de su historia*, v. I, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1989, p. 266-267.

<sup>47</sup> Franco Carrasco, *El Nuevo Santander y...*, t. II, p. 330. Este autor hace una detallada descripción de 20 de las 30 fundaciones que existían en aquella provincia durante la revolución de Independencia.

de plenipotenciario de los insurgentes, que gente le sobraría porque los Estados Unidos estaban muy adictos y podrían sacar doce o quince mil hombres para la empresa”.<sup>48</sup> Después de implantar algunas medidas, los divisionarios salieron el día 8 para regresar a su cuartel. “En dos ocasiones salimos de Soto la Marina en busca de granos —recordaría Webb—... en la segunda expedición en busca de ellos sucedió algo mejor, pues se volvió con cincuenta mulas cargadas de ellos.”<sup>49</sup>

Una de estas partidas perdió a dos hombres en el camino, los cuales fueron capturados por De la Garza. Eran el capitán de artillería de la División, Pedro Molledo, originario del Nuevo Reino de Granada, y Pablo Jaulis, tambor del primero de línea, joven proveniente de La Margarita, quienes al ser interrogados repitieron lo que los realistas sabían ya, que “... ignoran el movimiento que Mina quiera hacer con la División —informó el gobernador Juan Echeandía a Arredondo, desde Aguayo, el 28 de abril—; pero que es el avance a lo interior y que sus intenciones son las de ayudar a los rebeldes de este Reino para que logren la independencia”. Finalmente los dos rebeldes y otros tres tomados en La Carbonera, cuando viajaban en una lancha, fueron enviados presos a Monterrey.<sup>50</sup>

Mientras tanto, para reforzar el efecto de expansión de sus redes de comunicación, contaba Mina con la ayuda del exrealista Valentín Rubio, quien, conocedor de esas tierras y su gente, señalaba los lugares propicios para el descanso y aprovisionamiento de la División. El mismo Rubio llegó por sorpresa hasta

<sup>48</sup> Ildefonso Moreno a Torres Valdivia, Villa de Aguayo, 16 de mayo de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1037. Este Torres era comandante de la Primera Brigada de San Luis Potosí, y envió la comunicación a Arredondo. Es importante resaltar que aquí el cura cita a Cornelio Ortiz de Zárate. Mina volvió a tener contacto con el cura Moreno el 14 de mayo, cuando pidió que le enviara un poco de vino para celebrar aquella misa en Soto la Marina, *ibid.*, p. 1063.

<sup>49</sup> Brush, James A., J. M. Webb, John Bradburn y Andrés Terrés y Masaguer, *Diarios. Expedición de Mina, México (1817)*, edición de Manuel Ortuño Martínez, Madrid, Trama Editorial, 2011, p. 151.

<sup>50</sup> Echeandía a Arredondo, Aguayo, 28 de abril de 1817, citado por Torre, *Historia general de...*, p. 229.

la antigua capital de la provincia. “Dispondrá V. Md. para el 14 del corriente —encomienda éste a un tal Manuel Alcalá el 12 de mayo, mientras se dirigía a Santander— una casa decente para cuartel, haciéndolo responsable del más leve movimiento de los habitantes de esa jurisdicción. Igualmente dispondrá V. Md. esté una res para el consumo de la tropa, y si fuese posible las tortillas que buenamente pueda hacerse sin mayor mortificación.”<sup>51</sup> Alcalá envió de inmediato este mensaje a Miguel de Apezteguía quien lo daría al alcalde de Cruillas, Juan Bautista de la Garza, para que estuviera informado de los pasos de la División y para que no se le tomara por insurrecto, “encargándoles —les rogaba— me encomienden a Dios, pues me hago el ánimo de aguardarlos, poniendo en riesgo mi vida”.<sup>52</sup>

La partida no aprovechó esta ocasión propicia para mantenerse, traer a la División entera y apoderarse por completo de esa ciudad estratégica, donde seguramente encontrarían mayores recursos, reconocimientos y apoyo. A pesar de que De la Garza no hizo nada para enfrentarlos, salieron los divisionarios rumbo a San Fernando. Tras la derrota en Palo Alto y ante el miedo de que Mina llegara hasta Aguayo, entonces capital de la provincia, las autoridades virreinales trasladaron de inmediato la capital de regreso a San Carlos, para protegerla.<sup>53</sup> A la vez, el mayordomo de Lavadores y capitán de los rebeldes, Martín de León, se separó de Rubio para entrar en la población de Cruillas, más al norte; lo que verificó aproximadamente el 18 de mayo según un informe de fray Ildefonso Moreno, desde la villa de Croix, al gobernador Juan Echeandía.<sup>54</sup>

Mina envió también varias invitaciones y mensajes a las poblaciones del rededor para obtener apoyo y engañar a las fuerzas

<sup>51</sup> Rubio a Alcalá, Campo de San Juan, 12 de mayo de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1054.

<sup>52</sup> Alcalá a Bautista de la Garza, Santander, 14 de mayo de 1817, *ibid.*, p. 1062.

<sup>53</sup> Franco Carrasco, *El Nuevo Santander y...*, t. I, p. 176-177. Al obtenerse la independencia en 1821, la capital regresó a Aguayo, hoy Ciudad Victoria, capital del estado de Tamaulipas.

<sup>54</sup> Moreno a Echeandía, Villa de Croix, 18 de mayo de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1058.

realistas sobre su paradero; como el corto del 14 de mayo que envió al propio Miguel de Apezteguía. “Sin duda que V. Md. me conocerá de reputación y ella es el mejor garante que puede tener de mí y de las tropas. Celebro que no haya usted abandonado su casa y tendría mucho gusto en tratarle personalmente.”<sup>55</sup> De la misma manera escribió el mismo día 14 a Juan Bautista de la Garza, alcalde de Cruillas: “Mi conducta hasta el presente ha sido... hacerles conocer que sólo he venido a ayudarles para que salgan de la opresión en que se hallan... a que el territorio mexicano se emancipe y los pueblos se gobiernen con leyes sabias y justas. Por tanto —le advierte—, todo vecino que abandone su casa por no hacer causa conmigo, será reputado traidor y sus bienes confiscados”. Le pide hacerlo saber a la población para que no se alegue ignorancia “haciendo a V. Md. responsable si falta a comunicarlo como lo prevengo”.<sup>56</sup>

Estos movimientos constantes de las partidas mantenían en cierta confusión a Arredondo. Mina despachó numerosos destacamentos —reportó a Apodaca—, “ya para la villa de San Fernando, que cae al Norte, ya para las de Aguayo, Presas y Horcasitas, que le dirigen al rumbo de San Luis y Altamira, que parece dividir por todos rumbos su fuerza, la cual reconcentra después precipitadamente, sin duda para ver si logra que yo divida la mía, y usa de otras muchas estratagemas y ardides, con que alucina a los que le están explorando más”.<sup>57</sup>

### *Construcción del Fuerte de Soto la Marina y ataque realista a la flota expedicionaria*

Para ese entonces, más de 800 realistas se habían concentrado en Altamira, a poca distancia del campamento de la División. Sin

<sup>55</sup> Xavier Mina a Apezteguía, Soto la Marina, 14 de mayo de 1817, *ibid.*, p. 1056.

<sup>56</sup> Xavier Mina al Alcalde de Cruillas [Bautista de la Garza], Soto la Marina, 14 de mayo de 1817, *ibid.*, p. 1061.

<sup>57</sup> Arredondo a Apodaca, hacienda de la Gavia, 25 de mayo de 1817, *ibid.*, p. 1066-1069.

embargo, no se movilizaban con rapidez; Joaquín de Arredondo seguía mostrando pasividad, fuera por miedo, por falta de recursos o por torpezas en su actuar, pues basta ver el tiempo que desperdició en trasladar su cuartel general hasta Monterrey, cuando había estado a poca distancia de Soto la Marina.

Por su parte, Xavier sabía que de un momento a otro las tropas enemigas se presentarían para atacarlos. Más aún cuando algunos espías confirmaron a principios de mayo que Arredondo estaba tratando de acumular el mayor número de fuerzas para ir sobre ellos. Por tal motivo, decidió comenzar a construir una fortaleza para contener el embate de la autoridad virreinal, al tiempo que serviría para proteger sus provisiones ante un posible sitio, y para que fuera punto de llegada de posibles refuerzos de los Estados Unidos.

Así se escogió un sitio favorable al este de la población, cercano al río, con lo que se podía abastecer de agua al fuerte, y comenzaron las obras bajo la dirección de Rigal, capitán de ingenieros. Los expedicionarios y el propio Mina participaron directamente en la construcción de la fortaleza levantada con madera y barro, incluso los pobladores del lugar no pudieron librarse de participar en la edificación.

“En el fuerte trabajaban alrededor de 50 hombres, —recordará Mier— gentes pobres del lugar que lo hacían para comer.”<sup>58</sup> No obstante, un poblador de Soto la Marina informaría a los realistas poco después que “... a la llegada de Mina a Croix, violentó su fortificación [del bastión, por lo] que no perdonó trabajo de todos sus oficiales, vecinos y juez y presentes, en una palabra sólo se escapó Mier y las mujeres...”. También contaría que los rebeldes dispararon algunos cañonazos “en dicho fuerte de ocho a diez al izar la bandera, que ya pusieron.... [y que según los] colores usan la americana”.<sup>59</sup> Las obras avanzaron con rapidez por la ayuda

<sup>58</sup> “Undécima declaración de Mier”, Santo oficio de la Inquisición, 10 de octubre de 1817 en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 810.

<sup>59</sup> Vega y Puertas al capitán Antonio Fernández, Croix, 15 de mayo de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1063-1064.



que proporcionaron 150 rancheros que se habían alistado y “en pocos días quedaron montados diez cañones en batería”.<sup>60</sup>

La edificación serviría a la postre, además de defensa y protección de elementos bélicos y alimenticios, como centro de operaciones a pequeña escala de las salidas frecuentes de las partidas patriotas.

Para entonces el comodoro Aury se había alejado ya, llevándose consigo a sus hombres y naves, después de haber adquirido de Mina el bergantín *Congreso Mexicano*, que se hallaba aún en Nueva Orleans. Así, sólo permanecían en el lugar del desembarco la *Cleopatra* —que estaba inservible—, la *Elena Tooker* y el *Neptuno*. Este último era utilizado como improvisado almacén, por lo que se había echado de costado en la arena y se le comenzó a desbaratar para aprovechar su madera en la construcción del fuerte. Pronto una parte de su carga fue arrebatada por las aguas del río, la otra parte, que consistía principalmente en pólvora, se dejó en el embarcadero. Los oficiales y marineros de los buques que se quedaron a su cuidado habían armado algunas tiendas de campaña en la costa para defender las provisiones de la inclemencia. También se encontraba ahí una corbeta estadounidense “que no era de la expedición —cuenta Mier—, sino que casualmente se había venido por si podía vender su cargamento”.<sup>61</sup>

A partir de que se supo que los barcos de Mina habían tocado el río Bravo, el virrey ordenó que desde Veracruz salieran a su encuentro la fragata *Sabina* —en la que había llegado poco antes el mariscal Pascual Liñán y que tenía un palo quebrado— y las goletas *Proserpina* y *Belona*, las tres bajo el mando del comandante Francisco de Beranger; dicho encuentro se verificó el 14 de mayo. En el camino, la escuadra realista hizo alto en Tampico

<sup>60</sup> Brush *et al.*, *Diarios. Expedición...*, p. 46. En verdad sorprende el avance que tuvo la edificación del fuerte, al observar los planos que mandarían los realistas al virrey, una vez tomada la plaza.

<sup>61</sup> “Undécima declaración de Mier”, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 810. Es de notar cómo desde el momento mismo del desembarco los comerciantes se acercaron para vender sus productos. Tener un lugar de contacto con el exterior, como Soto la Marina, era de vital importancia para obtener comunicación, ayuda y provisiones.

para suministrar armas y municiones a las tropas de Armiñán que se preparaban para el ataque por tierra a la expedición, y al poco tiempo continuó con su misión.

La mañana del 17 del mismo mes, las embarcaciones realistas fueron vistas por la tripulación de la *Cleopatra* por lo que pasaron a los botes abandonándola a su suerte. Estando a distancia prudente la fragata enemiga lanzó dos disparos de cañón y al no obtener respuesta se acercó cuidadosamente para abordarla. Ante este embate, la *Elena Tooker* se alejó con rapidez mientras la perseguían las escunas, pero por ser ésta más rápida y ligera, las naves realistas no lograron darle alcance.

Ya reunidas, las tropas hispanas intentaron hacer un desembarco conjunto, pero al ver el número de tiendas en la costa, pensaron que en ellas se encontraría un gran número de expedicionarios, por lo que decidieron que ya tenían suficiente victoria y regresaron conformes con los dos cañones que desmontaron de la *Cleopatra*, la cual intentaron llevar como victoriosa presea pero, después de acarrearla por horas, al no poder mantenerla sobre el agua por el daño causado por el cañoneo, le prendieron fuego. “Dejaron también los marinos en largarse, a su vista —exclamaría Mier—, una corbeta americana con un cargamento de cincuenta y seis mil pesos en ropa y municiones.”<sup>62</sup> Este suceso fue celebrado en Veracruz con tedeum y “enviáronse pliegos a México y fueron copiados en la Gaceta —continúa el sacerdote—, con la noticia de que la expedición de Mina había sido completamente destruida y que se habían cogido muchos prisioneros. En virtud de tan próspero resultado hubo promoción general y se dio el despacho de oficial al guardia de marina que abordó la *Cleopatra*”.<sup>63</sup>

También “se les dio un escudo de preferencia por la hazaña y lo que merecían era un castigo, pues si hubiesen desem-

<sup>62</sup> Mier, citado en José Refugio Guzmán, “La correspondencia de don Luis de Onís sobre la expedición de Javier Mina”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, 2a. serie, t. IX, n. 3-4, p. 542, nota 27. “La fragata *Cleopatra* era muy hermosa —apuntaría Webb— de cerca de cuatrocientas toneladas y muy velera. Mina la compró a crédito en Nueva Orleans y quedó a pagar por ella doce mil pesos”, Brush *et al.*, *Diarios. Expedición...*, p. 152.

<sup>63</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 110-111.

barcado hubieran tomado cuanto Mina llevaba que aún estaba en la playa...”.<sup>64</sup>

No pasó mucho tiempo para que el navarro se enterara de lo sucedido y, preocupado porque las tropas virreinales se apoderaran de todas las provisiones que había dejado, ordenó a un destacamento para que, llevando una pieza de campaña, se dirigiera a la costa para observar los movimientos del enemigo y recuperar lo abandonado. Sin embargo, el capitán Hooper —quien había observado toda la acción desde un bote— informó al general que las embarcaciones realistas se habían marchado sin tomar nada en tierra, por lo que el destacamento pudo recoger las provisiones sin ningún obstáculo. No obstante, la División había perdido toda salida y comunicación por mar.

### *Guerra de proclamas y otros escritos*

Mientras esto ocurría, el mismo 17 de mayo entraba el teniente coronel Valentín Rubio, con una avanzada de la División, a la entonces capital de Santander (hoy municipio de Jiménez), “con cincuenta y tres hombres bien armados —informó el día 18 Andrés de Rocío y Guerra al capitán Luciano García para que lo comunicara a Arredondo—; y que había salido el mismo día de su entrada a recoger caballada de remonta y otros objetos...”. Además, dice, los extranjeros habían difundido “un decreto diabólico, que contiene cuatro artículos...” firmados por el ayudante del Estado Mayor, Cous.<sup>65</sup>

En la creciente difusión de proclamas, correspondencia y demás escritos, Joaquín de Arredondo, tratando de no quedar atrás y de que los expedicionarios no ganaran la voluntad de la población, ni la de sus propios hombres, difundió una proclama el 18 de mayo desacreditando a Mina y a Mier, e invitando a los extranjeros a indultarse ante él. Para lograrlo, recordó al pueblo

<sup>64</sup> Mier, “Manifiesto Apologético”, en *Escritos inéditos*, p. 68.

<sup>65</sup> Andrés de Rocío y Guerra a García, Gavia, 18 de mayo de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1056-1057.

su triunfo sobre Toledo en Texas años atrás, para “libertaros de los rebeldes insurgentes, que en parte los habían descarriado o perdido...”; les aseguró que “os quiero como padre, os amo como hermanos”. Les informó que había desembarcado en Soto la Marina “una reunión de hombres ineptos, que han sido arrojados por la perversidad de sus inclinaciones, de sus propias patrias... bajo la dirección del rebelde y codicioso Javier Mina, a quien acompaña Fr. Servando Mier y Noriega (hijo por desgracia de éstas provincias)”, a quien señaló como hombre seductor procesado por la Inquisición, que no había podido subsistir en España, Inglaterra ni Francia debido a su propia conducta.

Desmintió que Mina y Mier fueran a darles libertad; más bien, les dijo que esas “víboras roñosas... os llenarán de esclavitud y miseria, os harán olvidar la Santa Religión de vuestros padres y se burlarán de vosotros”. Señaló ufano que contaba con 1 400 hombres y que iban a su auxilio otros 1 500, por lo que les aseguraba que nada debían temer, pues tenían el “poderoso patrocinio de la Madre de Dios, Nuestra Señora del Carmen, que es la generala de las Provincias de Oriente” y que pronto se cantarían alabanzas “al Dios de los Ejércitos” por el triunfo.

Por lo mismo y para que supieran “cuán piadoso y benigno es el gobierno...”, ofrecía el perdón “a todos los desertores que existen en esta provincia”, y lo mismo “para todos aquellos miserables desgraciados que... se han unido a la gavilla del traidor rebelde Mina, con tal de que se me presenten”. El mismo privilegio podían tener “todos aquellos españoles y extranjeros que han venido engañados en compañía de Mina”. “Todo esto lo hago —concluía— no porque tengo el más mínimo recelo, en destruir y acabar con esa gavilla de traidores, sino porque es bien constante y notoria la piedad y clemencia de nuestro Soberano, y deseo imitarle...”<sup>66</sup>

No obstante, intentando seguir con su plan de ganar la opinión y el apoyo de los jefes realistas, Mina envió el 21 de mayo una extensa carta al propio Joaquín de Arredondo para atraerlo a su partido. Tocó a Valentín Rubio —el oficial del rey que se

<sup>66</sup> Arredondo a los habitantes de Nuevo Santander, Cerro de Santiago, 18 de mayo de 1817, *ibid.*, p. 1043-1044.

había unido a Mina— enviar la misiva a un tal Miguel Pagés, para que éste, a su vez, la llevara a Arredondo. En un pequeño mensaje escrito al día siguiente, Rubio justificaba su actuar a Pagés. Así, le dice que ya estará “enterado de mis partes y también lo está de los agravios que he sufrido en recompensa de mis méritos. Primero por el señor Quintero y últimamente por el malo de Echaendía, que me ha hecho gastar lo que no tenía.”

Cuenta Rubio que se dirigió a la capital de la provincia para pedir justicia, pero que le fue negada con el argumento de que debía presentarse a la Audiencia, lo que no pudo verificar por falta de medios. Como todo resultó inútil, “y en fuerza total de mis justos agravios —resalta—, a fin de vengarme de los que me son desavenentes, no malogré la ocasión de reunirme al Señor General don Javier Mina”. Y aseguraba: “Por fin estoy satisfecho plenamente de la causa que sigue este señor que es justa; y también lo estoy en su buen éxito, en consideración a sus poderosas protecciones y medianos conocimientos”. Le encargaba entonces la entrega de la carta de Mina “a fin de ver si se puede omitir un furioso derramamiento de sangre”.<sup>67</sup>

Mina, por su parte, sabía de antemano del inminente enfrentamiento, por lo que desde el primer párrafo de su carta escribió a Arredondo con una advertencia: “... V. sabe de mi arribo y no quiero que nos encontremos sin que hablemos primero con la confianza de paisanos, y como militares de honor consideremos lo que éste exige de nosotros para una recíproca resistencia”. Como en las anteriores misivas habló de la traición del rey español y de su gobierno déspota: “... usted no puede ignorar, que si aplaudimos a Fernando de que destronase a su padre, fue porque creíamos que, compañero de nuestras desgracias y enseñado por ellas, sentiría el primero los inconvenientes del despotismo y nos libraría del que Carlos V en Castilla y Felipe II en el Reino de Aragón, impusieron con las bayonetas a los españoles ensangrentados por defender sus derechos”.

“Cuando él entró por Cataluña —justificó Xavier—, en virtud de un tratado vergonzoso con Napoleón, que la nación triunfan-

<sup>67</sup> Rubio a Pagés, Soto la Marina, 22 de mayo de 1817, *ibid.*, p. 1052.

te recusó con razón, las Cortes dieron su decreto de 2 de febrero de 1814, de no reconocerlo por libre ni obedecerlo como Rey hasta que no jurase la Constitución en el seno de las Cortes, conforme a su artículo 137”; pero que el rey “... con el aparato de un conquistador entra en Madrid, ataca la representación nacional y encadena a sus más ilustres miembros, que habían salvado la Patria y conservándole el trono, cobardemente abandonado por él”, y remarca que los seguidores del rey en la Corte “son traidores a la Constitución jurada por la Nación, un crimen de lesa Majestad”; por lo mismo “los generales más patriotas y célebres, como los Espoz, los Copons, los Lacios, O’Donojús, Empecinados, Ballesteros, Poliers, Villacampas, etc., fueron presos, ahorcados, desterrados o proscritos: yo tuve este honor”.

“Yo me glorio de haber sido el primero, con mi tío Espox [*sic*], que osé hacer frente al tirano... Porlier, llamado ‘el Marquesito’, fue el segundo en Galicia y pereció por una traición. Siguiéronos Ariza y Renovales, y el tirano escapó por horas su vida y la de su familia.” Le explicaba Xavier que ese no podía ser el gobierno que se quiere imponer a los americanos. “¿Sé dejarían ellos —preguntó—, habiéndoles nosotros mismos enseñado a conocer sus derechos imprescriptibles? Veinte millones de hombres, de los cuales hay diez en esta América Septentrional, que quieren ser libres, y que por serlo se pelean ya después de siete años, no los vencería la Europa entera, cuando más un tirano a dos mil leguas de mar.”

Expuso posteriormente, que España ya no tenía flota naval ni dinero para seguir sometiendo a sus posesiones; así mismo, le informó que mientras Fernando VII era repudiado por las potencias europeas, quienes sacaron a España de la Confederación Europea, los americanos recibían el apoyo y la protección de Inglaterra y los Estados Unidos. Le aclaró también que “... ha llegado el tiempo de que las Américas se separen, como las separó de Europa con un océano la naturaleza, como toda colonia del mundo se separó de su metrópoli, luego que se valió por sí misma...”.

Continuó diciendo, que las luces le harán ver “que la esclavitud de España coincidió con la conquista de las Indias; porque con su dinero los Reyes se hicieron independientes de la Nación, a la cual oprimieron...”, y que por lo mismo “... perdimos nuestra

industria, agricultura y población...”. Aseguró que separándose América de España, el comercio de esta última será más lucrativo, por ser más extenso y libre, “no teniendo ya el Rey que oprimirlo para su monopolio”. Por lo mismo, los capitales “se consagrarán más a la agricultura, fuente de las verdaderas riquezas, la industria necesariamente seguirá su flujo, y la fuerza moral y física de la Nación más reconcentrada le restituirán su poderío, consideración y antigua influencia”.

Después habló de sí mismo, sobre su situación en Inglaterra; afirmó que no podía ser tomado como traidor, pues “yo no hago guerra más que al tirano de la España, el que crea honor suyo ser su esclavo combata, el que quiera ser fiel a su Nación, a Dios a quien juró guardar la Constitución, según la cual la soberanía reside esencialmente en la Nación, júntese a mí, libertemos a esta parte de la Nación que está acá del océano, vindicando sus derechos y la parte de allá conseguirá los suyos”.

Sabedor del escaso número de sus expedicionarios, lo que pudiera tomarse como una debilidad, le enfatizó que los suyos eran “hombres convencidos por principios y resueltos por el honor, a morir o vencer y vivir libres”. Agregó que tenía numerosas armas y pertrechos, y le recordó que con doce hombres y sin ningún arma comenzó su guerrilla en Navarra, a 60 leguas de cualquier auxilio español y a cuatro o cinco leguas del invasor francés. “Podrá ser la guerra larga en América —concluyó—, pero el éxito no es dudoso.”

Entonces preguntó a Arredondo directamente “¿... qué partido piensa tomar que le sea más decoroso y útil?”, y le dijo saber que su posición no era muy cómoda, pues en un correo de Calleja de junio de 1816, el entonces virrey escribió a Fernando VII, culpándolo de abandono e insubordinación y achacándole todos los males de Texas, por lo que era seguro que el rey le trataría cruelmente en consecuencia. “¿No será más honor —le preguntó de nuevo— seguir aquí el partido de la Nación... para fijarse en la eternidad un renombre tan glorioso como el de nuestro paisano [fray Bartolomé de] las Casas, el gran defensor de los americanos...?”

Para concluir lanzó Xavier sus ofertas: “Considérelo V. Md. bien, que yo sólo ambiciono a mi propuesta evitar cuanto pueda la efusión de sangre, que detesto”, y pidió a Arredondo escoger la opción

de unirse a su expedición o bien retirarse a los Estados Unidos, para lo que “queda a voluntad de usted asignar el capital que puede apetecer para vivir con su familia en descanso y prosperidad...”.<sup>68</sup>

Arredondo contestó remitiendo la carta a Apodaca. “Se informará V. E. —le escribió al virrey— de las perversas ideas del rebelde Mina y de la inicua astucia con que quiere seducirme”; y aprovechó para reafirmar su fidelidad al rey: “Este atentado contra un hombre como yo —escribió—, que fundo mi mayor gloria en ser fiel vasallo de Fernando y uno de los defensores de sus soberanos derechos, cumpliendo con esto lo que Dios manda, me ha irritado en términos, que hasta la salud se ha resentido con la sensación, no pudiendo mi cólera sobre tan débil y despreciable persona”.<sup>69</sup>

### *Deserción y fin del coronel Perry y sus hombres*

Los días continuaban y el Fuerte de Soto la Marina estaba ya casi terminado, por lo que le colocaron las piezas de campaña, los obuses y dos morteros para su defensa. Aunque se reconocía que todavía era frágil, el general rebelde tenía confianza en que vendría auxilio del exterior o que en poco tiempo se pondría en contacto con los patriotas americanos. No obstante, como pasaban los días y la ayuda no llegaba, decidió que era mejor dejar una guarnición en el lugar y adentrarse en territorio novohispano para reunirse con los insurgentes, con la mira de retornar con refuerzos antes de que los realistas presentaran un sitio al fuerte. Fue entonces que separó sus tropas y escogió a quienes marcharían junto con él y los situó a la orilla derecha del río, a cinco kilómetros de la población.

<sup>68</sup> Mina a Arredondo, Soto la Marina, 21 de mayo de 1817, “Carta del ilustre D. Francisco Xavier Mina, al comandante general de provincias internas D. Joaquín de Arredondo”, recorte del periódico *La Esperanza*, San Luis Potosí, 1851, en Biblioteca Nacional de México [en adelante BN], *Fondo Reservado, Colección Lafragua*, R, 392, LAF, [s. p.]. También en Refugio Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1047-1051.

<sup>69</sup> Arredondo a Apodaca, hacienda de la Gavia, 27 de mayo de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1067.



Al parecer el coronel Perry estuvo inconforme con esta decisión;<sup>70</sup> de hecho, ya de tiempo atrás había estado repitiendo que la División no tenía la fuerza suficiente para cumplir sus pretensiones, por lo que creía pertinente que se abortara y regresaran a los Estados Unidos. Días después tuvo un altercado con el general, cuando puso como pretexto que se había cometido una injusticia con sus hombres en cuanto “a la repartición de zapatos de combate”, por lo que anunció su separación de la empresa.<sup>71</sup> En esa ocasión Perry amenazó al navarro, le dijo “... que se volvería al Norte América, a lo que contestó [Mina] que podía retirarse con todos los que se quisieran ir porque él no quería gente forzada”.<sup>72</sup> El coronel se abstuvo de hacer algo entonces. Xavier lo había podido controlar antes con un pensamiento optimista y disuasivo; sin embargo, en ausencia de Mina y de otros oficiales, Perry alertó a los soldados de lo peligroso e inútil de su posición, por lo que los invitó a retornar con él a suelo estadounidense.

Con estas razones logró convencer a 51 hombres —entre ellos el mayor Gordon y un oficial de la Guardia de Honor— y marcharon de Soto la Marina por el rumbo de Matagorda, para aguardar alguna embarcación que los pudiera llevar al país vecino del norte. Al no encontrar nada, continuaron caminando por la costa guiados por el español Manuel Costilla, natural de la villa de Camargo, a pesar de que el agua escaseaba en esa región y que se movían en plena época de sequía.

Pero ya el gobernador realista de Béjar estaba enterado de que “se había desprendido una gavilla de la reunión de Mina y

<sup>70</sup> Perry fue soldado del ejército estadounidense, por lo que estuvo presente en la batalla de Nueva Orleans que libró ese país con la Gran Bretaña. Se habría unido posteriormente a los insurgentes novohispanos; participó en la fallida invasión a Texas bajo las órdenes de Bernardo Gutiérrez, y con Toledo en el ataque a Arredondo en San Antonio Béjar el 18 de agosto de 1813. Estuvo al lado de Aury en Galveston, hasta que se unió a la expedición de Mina.

<sup>71</sup> Potter, Reuben Marmaduke, “Mina and his Three Hundred”, *Journal of the Military Service Institution*, Nueva York, v. 3, n. 9, 1882, p. 51. Recuperado de <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=njp.32101049986084;view=1up;seq=9> (consultado en octubre de 2017).

<sup>72</sup> Felipe Fatio —cónsul de su majestad en Nueva Orleans— a Félix Trudeau, Natchitoches, 5 de agosto de 1817, AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 2, f. 62.

que se dirigía a esa provincia”, por lo que encargó que se doblara la vigilancia para detectarlos y aprehenderlos. Después de cuatro días del aviso, el 18 de junio, una guarnición realista vio pasar a Perry con “cuarenta y tantos angloamericanos de infantería bien armados y disciplinados”, por lo que su comandante, Juan de Castañeda, mandó tocar generala y reunió 60 soldados y vecinos para seguirlos, “sorprendiendo a dos americanos que platicaban con unas mujeres, los que luego que avistaron al comandante... echaron a correr”. Castañeda logró hablar con ellos y mandó recado a Perry para saber sus miras, al tiempo que dio aviso al gobernador de Béjar.

Perry envió a un parlamentario acompañado de un intérprete para presentar un ultimátum a su interlocutor, quien quedó sorprendido. “Mandó Perry por segunda vez, ahora pidiéndole auxilios de comida y caballería para su tropa, que iba de paso a los Estados Unidos.” Castañeda aún estaba deliberando sobre la determinación que debía tomar, cuando llegó en su apoyo una caballería de 200 realistas, bajo el mando del teniente coronel Antonio Martínez, y sintiéndose ya fuerte rechazó la intimidación insurgente. Al tiempo, ordenó una salida mientras la caballería cercaba por la retaguardia a los rebeldes rodeándolos completamente. Todavía Martínez les dirigió una propuesta de indulto, a lo que Perry contestó “que antes de entregarse moriría con todos los suyos”.

Por lo mismo, “despreciando los impuestos de Castañeda [los rebeldes] continuaron su marcha para la otra banda del río, a tomar el camino de Atascosito y se entretuvieron de las nueve de la mañana a las tres de la tarde haciendo carnes de una mancuerna de reces que mataron cerca de la misión del Espíritu Santo”, y después de comer continuaron la marcha. Pero a las cinco de la tarde llegó al lugar el gobernador Antonio Martínez con el teniente Francisco de la Hoz y ya reunidas las fuerzas realistas rodearon nuevamente a los angloamericanos, deteniendo su marcha.

A la madrugada siguiente el coronel rebelde intentó romper el cerco, pero fue rodeado en una loma cercana, a donde se les disparó a discreción. Los insurrectos resistieron por algún tiempo, pero poco a poco fueron muriendo hasta que Perry se halló casi solo y tomando su pistola prefirió suicidarse disparándose

en la cabeza.<sup>73</sup> De aquellos 51 hombres, sólo cuatro escaparon durante la madrugada, quedando prisioneros el capitán Gordon y 14 soldados, de los cuales 12 estaban moribundos, entre ellos el español Costilla, quien fue llevado en ese estado hasta Béjar, donde fue fusilado.<sup>74</sup>

Otros nueve extranjeros fueron remitidos a Monterrey ese 19 de junio y de ahí los llevaron a Monclova, donde se les interrogó. Se supo entonces que procedían de Flandes, Normandía, Santo Domingo, Nueva York y Pensilvania; que su edad variaba entre 24 y 37 años, siendo unos presbiterianos y otros protestantes (aunque todos “detestaron” su fe para abrazar la religión católica, recibiendo “el Santo Sacramento del Bautizo” y “no testaron por no tener qué”). Después de algunas semanas de interrogatorio y catequización fueron pasados por las armas, el 23 de agosto de 1817, a las siete y media de la mañana. El párroco de Monclova, Nicolás Andrés Molano, confirmó su muerte y les dio sepultura en el camposanto de esa ciudad.<sup>75</sup>

Otro de los desertores, Vicente Travieso, se había separado de Perry poco antes de aquella acción y logró escapar por unos días; sin embargo, fue alcanzado por el capitán realista Luciano García en Nuevo Santander, y fue finalmente hecho prisionero con algunos caballos que había robado días atrás.<sup>76</sup>

<sup>73</sup> Perry era “un oficial valiente aunque muy disipado —escribió su compañero Webb—. Era persona de muchos talentos y, cuando no bebía, de muy buen juicio... estaba empeñado contra el gobierno de este país hace algún tiempo, estuvo en el reino anteriormente y se halló en la acción tenida con las tropas del rey en San Antonio Béjar”, Brush *et al.*, *Diarios. Expedición...*, p. 150; y Margaret Swett Henson, “Perry, Henry”, en *Handbook of Texas Online*; recuperado de <http://www.tshaonline.org/handbook/online/articles/fpe42> (consultado en septiembre de 2013).

<sup>74</sup> Reconstrucción basada en José Antonio Valdés, Bahía del Espíritu Santo, 7 de julio de 1824, en *Narraciones de curas sobre acciones y hechos durante la revolución de independencia*, AGN, t. 40, Justicia, Eclesiástico, leg. 11, 1824-1825, f. 96-98, y Parte de Martínez, en la *Gaceta Extraordinaria del Gobierno de México*, 16 de julio de 1817, t. VIII, n. 1107, folio 789.

<sup>75</sup> Informe del párroco de Monclova, Nicolás Andrés Molano, Monclova, 1824-1825, en *Narraciones de los curas sobre acciones y hechos durante la revolución de independencia*, t. 40, Justicia, Eclesiástico, leg. 11, f. 52.

<sup>76</sup> José Refugio Guzmán, *La expedición de Javier Mina de Inglaterra a Soto la Marina*, tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1971, p. 121.

## AL ENCUENTRO DE LOS INSURGENTES

*Se interna Mina en la Nueva España. Horcasitas  
y la toma de la hacienda del Cojo*

Con el paso de los días la impaciencia y la indisciplina comenzaron a presentarse en la tropa expedicionaria, como la de un criollo llamado Máximo García, quien fue enjuiciado por haber robado en la iglesia de Palo Alto, así como por cometer asesinato y desertión. García había huido después de su delito, pero regresó al poco tiempo entregando correspondencia importante que interceptó a los realistas. El juicio que se formó el 20 de mayo le fue desfavorable, por lo que se le fusiló sin más, en una especie de ejemplo de lo que ocurriría a cualquiera otro que rompiera las reglas.<sup>77</sup>

Por su parte, Mier se dedicaba a las labores de su vocación, y a falta de cura en el poblado celebró misas los días festivos vestido con ropas de obispo, confesó a Máximo García antes de cumplirse su fatal sentencia y puso la extremaunción a una anciana *in articulo mortis*; también llegó a bautizar a un niño al que nombraron “Pablo”, el cual murió días después.<sup>78</sup>

Al partir, Mina dejó al mayor José Sardá al mando de los que quedarían en el fuerte, recomendando que se sostuviese en él a como diera lugar y asegurándole que regresaría con refuerzos antes de dos meses. Mier quedó en el fuerte esperando los apoyos del exterior, aunque al parecer también se encontraba bajo castigo. “Era cosa demasiado sabida —comentaría el expedicionario Webb— que cuando dejamos a Soto la Marina el padre Mier deseaba ansiosamente acompañarnos, pero le fue imposible, pues se hallaba confinado por haber sido cogido en desorden asociado

<sup>77</sup> Juicio a Máximo García, Soto la Marina, 20 de mayo de 1817, AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 943, f. 164-165. En este extraño documento vienen registradas varias firmas de oficiales de Mina que participaron en el juicio. Así, podemos saber —además de algunos ya conocidos como Erdozain e Infante— de: Francisco Victoriano Lefebre, Joaquín Sánchez Navarro, Antonio Talens, José Perens y Gilberto Vorsten.

<sup>78</sup> “Testimonio de Juan García”, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para...*, t. VI, p. 674-675.

con prostitutas. Mina se hallaba muy disgustado de su conducta y lo dejó sin mucho sentimiento.”<sup>79</sup>

El navarro salió el 26 de mayo de 1817,<sup>80</sup> para internarse en la Nueva España, con los siguientes hombres:

Cuadro 2  
COMPOSICIÓN DE LAS TROPAS DE MINA QUE SE INTERNARON  
EN NUEVA ESPAÑA, 1817

Sección	Mando	Número de hombres
General y Estado Mayor	Mina	11
Guardia de Honor	Coronel Young	31
Caballería, húsares y dragones	Mayor Maylefer	124
Regimiento de la Unión	Mayor Sterling	56
Primero de Línea	Capitán Treviño	64
Artillería	–	5
Criados armados	–	12
Ordenanzas	–	5
Total	–	308

FUENTE: William Davis Robinson, *Memorias de la revolución mexicana. Incluyen el relato de la expedición del general Xavier Mina*, estudio introductorio, ed., trad. y notas de Virginia Guedea, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Fideicomiso Teixidor, 2003, p. 113.

Cuando comenzó la marcha hacia el sur de Nuevo Santander, los realistas se encontraban a corta distancia, por lo que la salida se realizó con discreción y rapidez para pasar desapercibidos. Se tuvieron que mover fuera de los caminos, abriendo rutas por despeñaderos, densos matorrales y áridas tierras, característicos de aquella región. La marcha del día siguiente comenzó desde el amanecer, hicieron una parada por la tarde para abastecerse de agua y continuaron hasta la media noche, pero sufrieron muchas

<sup>79</sup> Brush *et al.*, *Diarios. Expedición...*, p. 146.

<sup>80</sup> Autores como Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 113; y José María Miquel i Vergés, *Mina, el español frente a España*, México, ediciones Xóchitl, 1945, p. 108, señalan la partida el 24 de mayo; sin embargo, existe un nombramiento como subteniente de artillería al francés Thiery, firmado por Xavier todavía en Soto la Marina el 26 de mayo, por lo que no pudo salir antes de esta fecha. Nombramiento a Thiery, AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 943, f. 162.

privaciones por calor, hambre y sed. Mientras caminaban miraron a lo lejos la misión de Bejarano (hoy Aldama), y Xavier se adelantó a inspeccionar; fue bien recibido, por lo que ordenó a toda la caravana adentrarse en dicha misión. Ahí se les distribuyó carne de vaca y algunas tortillas, alimentos que no alcanzaron a satisfacer su hambre.

Arredondo, que vigilaba de cerca los movimientos de la División, quedó efectivamente distraído por una información (por lo menos así se disculpa ante el virrey a principios de junio) de que Mina se dirigía “... para Aguayo —le avisaba—, sin duda con ánimo de atacar al Regimiento de Fernando VII, que venía a reunírseme, cuya noticia se me confirmó por algunas cartas”. Sin embargo, todo era producto de un engaño y de las voces que había hecho correr Xavier respecto a que él se dirigía a distintos rumbos. “Con esta marcha fingida —se excusó después Arredondo— demoró la mía cinco días hasta que pude desengañarme de que las ideas del rebelde eran salir por Horcasitas y pasar a la sierra por la boca de La Habra, que diferencia de los rumbos más de 175 kilómetros hacia Altamira...”<sup>81</sup>

Mientras esto ocurría, las autoridades eclesiásticas virreinales habían entrado en acción y el 31 de mayo el cabildo de Monterrey hizo circular entre los feligreses un edicto, para evitar en ellos una opinión favorable hacia Mina y Mier. En este documento se enumeraban las actividades del sacerdote rebelde y se indicaba que dichos actos “... a más de haberlos ejecutado sin estar autorizado para ello, contribuyen en gran manera a seducir a los miserables habitantes de aquellos entornos, que no tienen la instrucción correspondiente para conocer el crimen y la perversidad de aquel eclesiástico”. Aseguraba el cabildo que se esforzaría por desengañar a las ovejas a su cargo y advertía que se respaldaría en las armas para acallar a Mier, “quien tanto daño hace”.<sup>82</sup>

El general no sólo eludió al enemigo por medio de la rápida y secreta marcha de los dos primeros días, sino que también

<sup>81</sup> Arredondo a Apodaca, 10 de junio de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1079.

<sup>82</sup> “Edicto del Cabildo de Monterrey contra Mier”, Nuevo Reino de León, 31 de mayo de 1817, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, p. 713.

pensó en sorprender a algunos personajes ricos que se habían refugiado en la hacienda de San José de las Palmas, distante de la ciudad unos 125 kilómetros por aquel camino. Pero los realistas del lugar ya habían oído de los extranjeros, por lo que al divisarlos salieron de ahí precipitadamente. Cuando Mina entró a la citada hacienda, ya sólo encontró algunos eclesiásticos y a todas las mujeres que habían quedado abandonadas a su suerte. Las personas y pertenencias fueron respetadas, no obstante ahí se retomó el botín que Perry hizo a Ramón de la Mora en Palo Alto y que no pudo llevar a Soto la Marina.

Al amanecer, la marcha continuó en dirección al Bajío, donde Xavier sabía que se encontraban los patriotas americanos. El camino se efectuó sin mucha novedad hasta llegar a la villa de San Juan Bautista de Horcasitas, situada a la orilla del río Guayalejo de Altamira. “El río no tenía más que un vado y éste era peligroso. Al pasarlo, el teniente francés Gavet cayó con su caballo y se ahogó.”<sup>83</sup>

La División se congregó en la plaza de la población, frente a la casa del cura, a donde pasaron Mina y sus oficiales. Durante la entrevista el religioso de origen europeo se embriagó con brandy e “intentó arengar al general y a sus oficiales —comentaría Brush— empleando un lenguaje tan obsceno e indecente que éste [Mina] desde el principio de su discurso lo cortó por lo sano con una severa reprimenda, por ser la conducta impropia de un clérigo... y ordenó a las tropas continuar la marcha inmediatamente”.<sup>84</sup> El oficial Bradburn también recordaría que en este pueblo “ocurrió un incidente cuando un grupo de oficiales quiso quemar un retrato de Fernando VII, lo que obligó a Mina a acampar a sus tropas fuera del poblado”, para que se respetara la propiedad privada.<sup>85</sup>

Por tal motivo, una vez que cruzó el río y atravesó la población de Maxiscatzin, la División se dispuso a descansar en la hacienda del Cojo, la que se hallaba a 25 kilómetros del cauce del río, el

<sup>83</sup> Arredondo a Apodaca, 10 de junio de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1079.

<sup>84</sup> Brush *et al.*, *Diarios. Expedición...*, p. 49.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 177.

jueves 5 de junio.<sup>86</sup> Esta hacienda era también de las más extensas y su llamada “Casa Grande” era el edificio más importante en esas tierras, de ahí la trascendencia de apoderarse de ella. Los expedicionarios lograron tomar —además de cierta suma de dinero, ganado y provisiones— la asombrosa cantidad de 700 caballos, de los cuales 500 pertenecían al dueño de la hacienda, el coronel realista Cayetano Quintero; éstos habían sido reunidos para equipar a los soldados virreinales en su campaña contra los expedicionarios.

Cabe mencionar aquí que las haciendas, por tener el monopolio de estos animales y los distintos ganados, de las tierras y demás ramas productivas, concentraban en sus alrededores a numerosos habitantes; los menos favorecidos quedaban en calidad de pastores o trabajadores en estos renglones económicos. Es por ello que Mina en su camino entraba en las haciendas, más que en poblaciones propiamente dichas, pues éstas se encontraban desiertas por los años de guerra y crisis económica. “Uno de los factores decisivos en el retraso del desarrollo de las villas —indica Franco Carrasco—, fue la entrega de las enormes estancias que hacían crecer mucho más a las haciendas, a donde se iban los pobladores a vivir. De esta manera sólo una parte de los habitantes se agrupaba en torno de las modestas iglesias, único signo visible de su prelación.”<sup>87</sup>

La toma de los caballos enfadó a Quintero,<sup>88</sup> quien había ordenado desde antes del desembarco de Mina, ante los avisos del

<sup>86</sup> “Memoria del Sr. D. Miguel Barragán”, en Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución...*, p. 342. No se conocía la extensión real de la hacienda, pues comenzaba al sur de Altamira, abarcándola junto a Horcasitas y llegando hasta Croix y Aguayo; pero era de las más ricas de la región y concentraba un importante número de cabezas de ganado. Jesús Franco Carrasco publicó una reconstrucción de la fachada de la capilla y de las ruinas de esta hacienda. Véase Franco Carrasco, *El Nuevo Santander y su...*, t. II, p. 80-81.

<sup>87</sup> *Ibid.*, t. I, p. 208. Este autor indica que a la entrada de Xavier en estas haciendas y misiones, “se debe que mucho después de su muerte, el ‘pertinaz Mina’ haya sido recordado en la región más que como el romántico paladín que ahora se contempla, como el aciago destructor de los bienes de todos aquellos a los que arrolló en su camino”, *ibid.*, p. 122.

<sup>88</sup> Torre, *Historia general de...*, p. 233. Este personaje puede ejemplificar la situación que existía en aquellas tierras, donde los jefes militares cargaban



virrey, que se retiraran los caudales y otros efectos de dicha hacienda para que no pudieran ser tomados en caso de un ataque; a lo cual el alcalde del lugar, José de la Pezuela, contestó el 15 de abril que la medida no era necesaria pues se habían “... acabado ya los temores de un desembarco de enemigos en estas inmediaciones..., por los gastos y extravíos del convoy que ocasionaría esta operación; y porque todos han contemplado tan seguros los caudales en aquel punto...”.<sup>89</sup>

Con el descuido realista, los rebeldes consiguieron que aquellos no contaran con ese auxilio y que la División se montara por completo, lo cual hizo más rápida la marcha que se reinició al día siguiente. La caballada restante en la retaguardia duró poco, pues se fue perdiendo conforme el grupo se internaba en el país. Mina y los suyos se encontraban cerca de Valle del Maíz, ya en la provincia de San Luis Potosí, a donde pensaban llegar para reabastecerse y descansar en lo posible.

Por unos días, el ejército realista estuvo desconcertado sobre si en verdad había salido Mina de Soto la Marina, y luego que lo certificó no supo el rumbo que había tomado, pues se le esperaba por el camino de Veracruz para alcanzar a Guadalupe Victoria, pero los informes señalaban que no había novedad por aquella región. Por si fuera poco, Mina continuaba con su ardid de difundir por diferentes zonas avisos pidiendo ayuda y anunciando que se dirigía hacia aquellos lugares. Así, un anónimo informaba a los realistas haber visto a Mina y 500 de sus hombres pasando por Croix el día 28, presuntamente con dirección a Aguayo, “... aunque no lo creemos —se dice en el papel— que se dirija a aquel punto porque el día que salimos de la Gavia recibimos oficios, y varias cartas dirigidas por estos rebeldes en que pedían alojamiento y víveres a los de Santander en donde debían de entrar según decían el 27 lo que no verificaron, y todos con estratagemas por ver si logran algún lance de sorpresa u otro

también con el peso político y económico, sacando provecho de ello. Franco Carrasco, *El Nuevo Santander y su...*, t. I, p. 111.

<sup>89</sup> Pezuela-Cardona a Quintero, Altamira, 15 de abril de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1012-1013.

ardid que es en lo que únicamente pudieran contar para adquirir alguna ventaja sobre nosotros...”.<sup>90</sup>

La comunicación entre Apodaca y el ministro en Estados Unidos, Onís, continuaba no obstante lo enorme de las distancias y tiempos entre la ciudad de México y Filadelfia. Así, el virrey novohispano contestó el 7 de junio una carta que el ministro le había enviado desde el 28 de febrero. En ella le informó que Mina había desembarcado en Soto la Marina desde abril y que “su primer cuidado fue esparcir papeles seductivos y escribir cartas a diversos individuos para que abrasen su partido, valiéndose del ministerio del apóstata Mier pero no ha logrado hasta ahora que se le pasen más que uno u otro de la infame plebe, y ningún hombre de importancia...”.

Le contó también de las embarcaciones que envió contra la expedición, las cuales “tuvieron la buena suerte de echar a pique la fragata *Cleopatra*, que era el almacén de Mina y la incendiaron con cuanto tenía dentro, inutilizaron el bergantín *Neptuno* y escapó solamente una balandra”. Terminó explicando que sus tropas, hasta donde sabía, no habían terminado con Mina y sus extranjeros, debido a la distancia en la que se encontraban, pero que no debía preocuparse pues “... a esta hora deben haberlos batido, y hallándose sin recursos para la fuga espero no quede ni uno solo sin el castigo que merecen...”.<sup>91</sup>

Al tiempo, Onís le contestó el 10 del mismo junio, pero a una carta que Apodaca le había mandado desde el 31 de octubre del año anterior; le informó que estaba enterado de sus disposiciones “más estrechas y ejecutivas para frustrar los proyectos de los facciosos, y castigarles si se presentaren”. Además le confirmaba que continuaría comunicándole “cuanto descubra, que pueda conducir al mejor servicio de S. M.”.<sup>92</sup>

Así, a los pocos días de la acción de El Cojo, los realistas tuvieron noticia de que Mina había tomado el rumbo hacia Valle del

<sup>90</sup> Anónimo fechado en Padilla, 30 de mayo de 1817, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 645.

<sup>91</sup> Apodaca a Onís, México, 7 de junio de 1817, en Guzmán, “La correspondencia...”, p. 541-542.

<sup>92</sup> Onís a Apodaca, Filadelfia, 10 de junio de 1817, *ibid.*, p. 543.

Maíz, pasando por el Mante, el Abra de Tanchipa y Baltasar —donde durmió—, siguiendo por el valle del Río del Salto, la Jerga y el Sabinito; por lo que Benito de Armiñán, nombrado comandante general de la Huasteca, ordenó que el mayor número de fuerzas se concentraran en dicho lugar para enfrentar a los divisionarios. Sin embargo, no se les pudo dar alcance, ya que mientras el realista llegaba a la misión de Baltasar, a diez kilómetros de Horcasitas, donde la División se había alojado antes, ya Xavier y sus hombres se encontraban lejos de ahí y a corta distancia de Valle del Maíz.<sup>93</sup>

No obstante, hasta allá llegó el capitán Villaseñor con el escuadrón de Sierra Gorda —el cual se dirigía a Soto la Marina por orden del virrey— dispuesto a emparejarse a la División Auxiliar y enfrentarla. A su vez, intentando bloquear por todos los flancos a la expedición, el general Arredondo se movilizó para llegar “a Villagrán el 19 de mayo, el 25 a Padilla en donde estableció su campo en expectación de los movimientos de Mina, [y] se le unió el regimiento de infantería de Fernando 7o. que le enviaron en socorro de San Luis”, celebró ahí el natalicio del rey y salió la mañana del 5 de junio sobre las fuerzas de Mina.<sup>94</sup>

### *La victoria en Valle del Maíz*

Mientras esto ocurría, Xavier continuaba en su ruta hacia las zonas insurgentes. Apenas había empezado a marchar en la mañana del 8 de junio, cuando se presentó un paisano con la noticia de que el realista Villaseñor, con una fuerza de 152 hombres de caballería, se había apostado a corta distancia de la ciudad del Valle del Maíz y había resuelto esperar su paso.<sup>95</sup> Los expedicionarios sentían inquietud por enfrentar a los realistas, ya que un buen número de los divisionarios no había tenido acción desde

<sup>93</sup> Joaquín Meade, *La Huasteca Tamaulipeca*, Ciudad Victoria, Universidad Autónoma de Tamaulipas, 1978, p. 16.

<sup>94</sup> Torre, *Historia general de...*, p. 232.

<sup>95</sup> “Memoria del Sr...”, en Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución...*, p. 343. Otros autores coinciden en la misma cantidad, mientras que Robinson habla de 400 realistas.

hacía años, entre ellos el propio Mina, por lo mismo vieron con emoción el enfrentamiento venidero. Pero los realistas parecieron cambiar de idea y se alejaron en cuanto la División apareció en el horizonte. El navarro y su Estado Mayor calcularon entonces, por las huellas y restos de equipaje que dejaron los enemigos en su repliegue, que eran numerosos y que contaban con artillería pesada, por lo que tomaron medidas apropiadas.

No obstante, las tropas virreinales sólo se habían movido a un lugar que les favorecía estratégicamente. Al acercarse a 15 kilómetros de Valle del Maíz, Xavier observó, a las nueve de la mañana, que cerca de 150 enemigos se habían colocado ventajosamente en una loma junto al camino cortando el paso y esperando su reacción.<sup>96</sup> Mina, quien pretendía evitar cualquier batalla hasta no hallarse junto a los insurgentes, notó las ansias en sus hombres, por lo que determinó que era tiempo de un enfrentamiento con los realistas y los preparó para el ataque.

Eran ya las once horas cuando los oficiales expedicionarios se acercaron a 200 metros del enemigo e hicieron un reconocimiento sin intentar un ataque. En eso estaban cuando cuatro oficiales enemigos salieron de sus filas y se les acercaron, quizá para intentar identificarlos, pues estaban bien uniformados y en disposición diferente a los naturales. “Uno de ellos los saludó con la mano, que después colocó sobre su corazón —narra Brush—, señal que probablemente hacía para indicar un posible diálogo, pero uno de los oficiales de la División supuso que se trataba de una bravuconería y disparó con su rifle en el corazón”; el resto de los realistas se retiraron alarmados, llevando sobre un caballo a su compañero muerto.<sup>97</sup>

En el punto de Lobos se ordenó a la Guardia de Honor y al Regimiento de la Unión que obraran como tropas ligeras por ser los mejores tiradores. “Estos hombres, en número de 14, fueron a una espesura en que se apoyaba la izquierda del enemigo, con intención de desalojarlo, mientras el cuerpo principal se mante-

<sup>96</sup> Los días y los horarios están basados en el mismo Barragán, testigo presencial de la acción. *Idem*.

<sup>97</sup> Brush *et al.*, *Diarios. Expedición...*, p. 52.

nía firme, dispuesto a obrar como las circunstancias lo exigiesen. Las tropas ligeras se adelantaron a la espesura y después de un fuego bien dirigido que mató 15 enemigos e hirió otros, vieron no con extrañeza que se replegaban sobre su reserva.”<sup>98</sup> Esta actitud realista se debió a que sólo 22 de sus soldados eran profesionales y el resto eran los que quedaron “... de unas compañías que años atrás habían formado los señores Barraganes, para demostrar su adhesión al Soberano”.<sup>99</sup> Los de la División continuaron disparando mientras perseguían al enemigo, el cual se retiraba desordenadamente.

Al ver la situación ventajosa, Mina consideró que era el momento de dar el golpe decisivo y mandó al grueso de sus fuerzas a ponerse en movimiento. Los realistas, quienes temían a Xavier debido a su fama de guerrillero y a la propaganda del virrey, salieron en desbandada y fueron perseguidos por los expedicionarios hasta las calles de la ciudad, mientras transcurrían las dos de la tarde. Sin embargo, Villaseñor logró detener a 60 de sus hombres y rehacerlos en el Valle de San José, 10 kilómetros más adelante; pero la División volvió a atacar con el propio Mina al frente y los hizo huir de nuevo para ya no recuperarse.<sup>100</sup>

Bradburn recordaría que cuando tomó sus primeras disposiciones Xavier se encontraba “sentado tranquilamente en la silla de montar” y daba sus órdenes a través de un ayudante, pero que en contraste, “cuando el enemigo huyó, se volvió jefe de una pequeña guerrilla y llevó a cabo actos no adecuados a su jerarquía de general; sin embargo, estas últimas acciones fueron debidas más a su carácter impulsivo que a una falta de reflexión”.<sup>101</sup>

Aquello fue una victoria total para Xavier, pues habiendo matado a un importante número de enemigos, sus fuerzas sólo

<sup>98</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 116-117.

<sup>99</sup> Nereo Rodríguez Barragán, *Expedición del general Mina a través de la provincia de San Luis Potosí*, San Luis Potosí, Talleres Gráficos Editorial Universitaria, 1948, p. 32.

<sup>100</sup> “Con el principal obstáculo del miedo, que lo poseían sin excepción todos los jefes militares de los contornos, era muy difícil que las armas realistas pudieran enfrentarse con probabilidades de éxito...” Gabriel Saldívar, *Historia compendiada de Tamaulipas*, México, Nuestra Patria, 1945, p. 141.

<sup>101</sup> Brush *et al.*, *Diarios. Expedición...*, p. 178-179.

sufrieron la baja de un húsar y un herido de consideración; además en su huida los realistas abandonaron a seis de sus heridos y numeroso material bélico, entre el cual se encontraba un cañón.<sup>102</sup> Con esta primera victoria en campo abierto en la Nueva España, Mina ocupó y tomó posesión del Valle del Maíz. De igual manera ordenó que se dejaran libres a los prisioneros, aunque se dice que la mayoría de éstos prefirieron unirse a sus fuerzas.

La población ubicada al centro del territorio novohispano era más rica y habitada que las anteriores, además tenía un clima agradable y mayor progreso económico. El comercio era su fuente de vida, por lo que el navarro pudo disponer de lo que necesitaba, pero impuso disciplina a sus hombres, señalando que una actitud salteadora mancillaría la causa por la que luchaban.<sup>103</sup>

La gente pudiente que hacía unos días había celebrado con pompa la toma de la flota expedicionaria, salió del lugar apresuradamente al enterarse de la derrota realista, por lo que los almacenes se hallaron sin dueño y llenos de alimentos y demás productos. Así, los divisionarios tomaron comida y otras provisiones y exigieron cierta suma de dinero que les era indispensable. Con lo anterior, Mina, sin pretenderlo, puso en mayor aprieto a los habitantes de la región, quienes se quejaban de sufrir una crisis por la sequía y la guerra.<sup>104</sup>

La reciente victoria le dio a Xavier “dos días de descanso, de que tenía mucha necesidad por las largas marchas que acababa de hacer, pero esta demora hizo que Armiñán, que había avanzado con celeridad, se acercara y el día 10 Mina tuvo aviso de su aproximación a aquel pueblo”.<sup>105</sup> Sus tropas estaban excitadas por la victoria y sentían el ánimo de enfrentar ahí mismo a las fuerzas virreinales que iban a su encuentro. Por ello, “convocó a sus oficiales para decidir si sería mejor aguardar al enemigo en aquella

<sup>102</sup> Potter, “Mina and his Three...”, p. 56.

<sup>103</sup> No obstante, Rodríguez Barragán asegura que sí hubo saqueo: “Tuve en mis manos cartas de la época en las que hablaban del saqueo de una tienda, donde ‘ni las botellas de tinta habían quedado’.” Rodríguez Barragán, *Expedición del general Mina...*, p. 34.

<sup>104</sup> Saldívar, *Historia compendiada de...*, p. 141.

<sup>105</sup> Alamán, *Historia de Méjico...*, p. 573.

posición o procurar unirse con los patriotas por medio de una marcha forzada antes que Armiñán llegase. Los oficiales convinieron este último partido”.<sup>106</sup>

Tras la decisión, esa misma noche tomó la División con rumbo al Bajío, mientras Mina saldría al día siguiente acompañado de 60 hombres a caballo, la mayoría de ellos oficiales. “Cuando pasó por el lugar donde se había librado el combate —recordaría Bradburn—, el general Mina se enojó al comprobar que los enemigos muertos todavía estaban ahí y no habían sido enterrados como se había ordenado al sacristán de la iglesia... y envió a una fuerza a que arrestara y trajera al sacristán.” Ya en su presencia, ordenó que se le hiciera marchar a pie cierta distancia y “cuando creyó que ya estaba suficientemente castigado, con la amenaza de ser colgado, lo soltó ordenándole cumpliera con la orden dada”.<sup>107</sup>

Debido a la imposibilidad de llevar con ellos a un hombre que había resultado herido en un muslo durante la batalla, lo dejaron en casa del subdelegado de la población, pidieron un trato honorable al lesionado y que se le auxiliase, como ellos habían asistido a los heridos realistas. “Tendrán la caridad de dar la asistencia cristiana al soldado herido que pertenece al cuerpo de mi mando —escribió Maillefer en una nota a los soldados del rey—, tendrán la caridad de curar su herida con [ilegible] empapada de aguardiente, esa operación se repetirá muy a menudo. Yo suplico a todas las personas que le asistan le cuiden con el mayor celo.”<sup>108</sup>

Tras la acción el virrey y sus oficiales quedaron desconcertados, ya que aseguraban la derrota de Mina, aunque se desconocía si se le había tomado prisionero o si seguía libre; además de que no acertaban sobre el rumbo que habría tomado, pues sabían que su intención era adentrarse por Veracruz para reunirse con Victoria, pero por ese camino no se le veía.

El 6 de junio, desde el Real Palacio en la ciudad de México, Apodaca ordenó a José Ruiz, coronel del Regimiento de Navarra,

<sup>106</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 118.

<sup>107</sup> Brush *et al.*, *Diarios. Expedición...*, p. 180.

<sup>108</sup> Mensaje de Maillefer a los realistas, Valle del Maíz, 11 de junio de 1817, AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 943, f. 167. El enemigo realista, que llegó el mismo 11, aprehendió al herido y lo fusiló de inmediato.

acampado en Querétaro, ir en persecución de los rebeldes. El siguiente 11 le ordenó que se moviera hacia la provincia de San Luis, con el fin de acabar con Xavier, quien podría dirigirse a ese lugar, a lo que Ruiz respondió tranquilo: “Las noticias que he adquirido son de que Mina había sido batido...”. Pero el 14, el virrey le indicó el error y aceptó que el navarro “tomó el Valle del Maíz después de haber experimentado alguna pérdida por la caballería del capitán Cristóbal Villaseñor quien sin embargo —le disculpa— tuvo que replegarse a Río Verde”. Le ordenó de nueva cuenta marchar a San Luis, pues los extranjeros tomaban camino hacia Guanajuato “... con el fin de reunirse con el traidor Pedro Moreno en Comanja”.

Ruiz contestó el mismo día que sabía que Mina se movía efectivamente “a reunirse con los del Bajío”, por lo que intentaría interponerse “en el paso que debe ser entre San Luis de la Paz y San Luis Potosí, que es donde debe pasar...”. El virrey, ya desesperado, replicó el día 18: “Sea cual fuese el rumbo que tomen, persígalos usted en todas direcciones hasta alcanzarlos y acabar con ellos”.<sup>109</sup>

En contraste, los buenos resultados y las proclamas de Mina llegaron a los insurgentes de Veracruz, lo cual dio a éstos mayores bríos y la esperanza de que la consumación de la independencia se acercaba.

Amigo —escribió Madrid a Pérez por orden de Victoria que se encontraba enfermo— dirijo a usted esa papeleta tan plausible [proclama de Mina], al bien de nuestra patria, sólo le encargo las enseñe a varios o a todos. Recibiéndolas con algún regocijo público, y si pudiera... haga usted un baile..., pues debemos darle gracias al todo poderoso que cuando nos conocemos más abatidos Dios nos da los auxilios, en esta virtud nuestra causa es digna de que muramos defendiéndola. También le remito a ud. esas proclamas para que valiéndose de algunos astutos puedan introducirse a los legos de los trapiches, esto que sea a la mayor brevedad...<sup>110</sup>

<sup>109</sup> Correspondencia entre Apodaca y Ruiz, del 6 al 18 de junio de 1817, AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 987, [s. f.].

<sup>110</sup> Madrid a Pérez, 12 de junio de 1817, AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 928, doc. 19, f. 21-22.



*El resonado triunfo de Mina en Peotillos*

Mina y sus fuerzas llegaron al rancho del Guajolote el 12 de junio, donde comieron y descansaron, y se mandó a un grupo a inspeccionar otro rancho cercano, el cual, se descubrió, estaba ocupado por una numerosa fuerza realista, por lo que se optó por tomar otro camino. Sabía Xavier que Armiñán se acercaba y que pronto sería reforzado por un cuerpo de caballería de Río Verde, por lo que, sin poder descansar lo suficiente, continuó su apresurada marcha tratando de evadirlos.

Así llegaron el día 13 a Rincón, para el 14 de junio entrar a la hacienda de Peotillos a las ocho de la noche.<sup>111</sup> Esta propiedad, situada a 17 kilómetros de la ciudad de San Luis Potosí, pertenecía a los padres carmelitas, quienes hacía poco la habían abandonado; se habían llevado los alimentos y el ganado, por lo que los expedicionarios se limitaron a dormir para recuperarse del largo recorrido. Los carmelitas habían recibido la hacienda de Nicolás Fernando de Torres y su esposa. Era una de las haciendas de mayor extensión de San Luis Potosí, ya que penetraba hasta el territorio tamaulipeco por la Sierra Madre y llegaba hasta Chamal, en la municipalidad de Ocampo, y hasta Juamave, en la porción serrana.<sup>112</sup>

A las ocho de la mañana siguiente, los expedicionarios recibieron algunas raciones de puerco y gallinas y, mientras comenzaban a alimentarse, supieron que los realistas se encontraban ya cerca, por lo que se prepararon a enfrentarlos. Las tropas virreinales habían capturado a un hombre del Regimiento de la Unión que quedó atrás por estar enfermo y, después de haber obtenido la información del paradero de la División y del número de fuerzas que la constituía, lo fusilaron.

Xavier supo que la batalla era inevitable, por lo que escogió a algunos hombres para conformar las fuerzas con las que saldría a combatir al enemigo. Todo el cuerpo, incluso el general, su Estado Mayor y un refuerzo de diez hombres de caballería que llegó durante la acción sumaban 172 combatientes. El resto del

<sup>111</sup> Meade, *La Huasteca...*, p. 18.

<sup>112</sup> Franco Carrasco, *El Nuevo Santander...*, t. I, p. 135-138.

grupo, unos 136 soldados, habían quedado de reserva en la hacienda, bajo las órdenes del coronel Noboa, para guardar las municiones y esperar su intervención de ser necesario.

Salieron las fuerzas designadas y se colocaron en una pequeña cima inmediata, con lo que dominaban el llano por donde se presentaría el enemigo. Ahí, Mina calculó entre 400 hombres los que estaban en la vanguardia, aunque notó, por una polvareda, que detrás venía otro grupo semejante. Con esto, Xavier estimó que podría destruir la vanguardia antes de que llegara el resto de la tropa, y con esa expectativa preparó a sus hombres. La Guardia de Honor y el Regimiento de la Unión formaron la línea, comandada por el coronel Young; un destacamento de la Unión y del primer regimiento y los criados negros armados harían de guerrillas, mientras la caballería, a las órdenes del capitán italiano Gerónimo Mauro, cubriría los flancos.

La División bajó a la llanura y al momento mismo fue atacada violentamente por los realistas; no obstante, el fuego certero de los expedicionarios frenó su ímpetu y tuvieron que retirarse dejando 22 muertos. Había surtido efecto la medida que tomó el general de colocar al capitán Burke con una partida de infantería, para mantener bajo control al enemigo a distancia.<sup>113</sup> Para ello había mandado colocar una cerca con anterioridad “... para dar al enemigo alternativamente —continuaría explicando Mina— ya de flanco derecho, ya de izquierdo, manteniendo así el fuego de los cazadores; que dirigiéndose especialmente a los oficiales, introdujo la confusión y desorden al enemigo”.<sup>114</sup> De hecho, un oficial de Kentucky observó que entre los tiradores realistas había tres oficiales de alto grado que se “hallaban enfrascados en febril conversación —describe Brush—, [por lo que] eligió al que suponía era su jefe y lo mató de un tiro con el rifle”.<sup>115</sup>

El oficial Bradburn narraría que cuando los expedicionarios se acercaron a un río seco “escucharon la música de una banda perteneciente a una columna enemiga que se aproximaba”, por

<sup>113</sup> Brush *et al.*, *Diarios. Expedición...*, p. 58.

<sup>114</sup> Mina a Solórzano, citado por Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución...*, p. 354.

<sup>115</sup> Brush *et al.*, *Diarios. Expedición...*, p. 58.

lo que el general dispuso cargarla en campo abierto antes de que la formación tuviera tiempo para desplegarse. Young dio la orden y sus hombres dispararon y acometieron sobre los enemigos; “los que no cayeron fueron presa del pánico, dejando dos cañones que no pudieron utilizar” y otros pertrechos de guerra.<sup>116</sup> No obstante, confiadas en que no tardarían en reforzarlas, el grueso de las tropas virreinales atacaron de nuevo, se retiraron y volvieron a atacar; buscaban mermar de esa forma a los hombres de Mina.

Así lo narró el propio Benito de Armiñán, al contar al virrey en el parte de la acción, que ordenó al escuadrón de Río Verde y a los dragones de Sierra Gorda, Nueva Vizcaya y sección de Tullancingo “a entretener al enemigo... para que obrando simultáneamente le cargasen en todas direcciones, dando lugar a que por este medio permaneciese inmóvil hasta llegar la infantería... En este estado de continuas escaramuzas permanecí hasta las nueve de la mañana, hora en que llegó la infantería bajo el mando del teniente coronel D. Juan Rafols”.<sup>117</sup> Y en efecto, en esos momentos la retaguardia realista llegó formada en dos columnas al campo de batalla sin ser sentida, pues se había desplazado por detrás de la maleza y los sembradíos que rodeaban el lugar; mientras que en los flancos se ubicó la numerosa caballería que llegó después. Al descubrirlas, Xavier se dio cuenta de lo desigual de la acción, por lo que trató de replegarse hacia la hacienda para sostenerse en ella y reunirse con el resto de los expedicionarios. Mientras esto pasaba, Noboa veía a la distancia la acción sin decidirse a ir al auxilio de sus compañeros, a pesar de que el mayor Maylefer le instaba a hacerlo.

Cuando la División hizo su movimiento hacia atrás, los realistas sintieron suya la victoria y atacaron con más furor, además de que la caballería enemiga logró rebasar su línea de defensa, por su mayor rapidez, envolviéndola por completo. “Se rompió el fuego con el mayor entusiasmo y bizarría —informó posterior-

<sup>116</sup> *Ibid.* Bradburn lamentó este episodio del combate, ya que varios de los caídos eran músicos.

<sup>117</sup> Parte del Sr. coronel y comandante general D. Benito de Armiñán al Sr. virrey D. Juan Ruiz de Apodaca, Campo de Peotillos, 17 de junio de 1817, en *Gaceta del Gobierno de México*, t. VIII, n. 1100, 3 de julio, 1817, p. 735-736.

mente Armiñán—, y avanzando al toque de ataque sobre los bandidos vi con la mayor satisfacción desalojarlos de las dos primeras posiciones de su defensa, acometiendo con sable en mano en la segunda nuestra caballería.”<sup>118</sup>

Ante tal situación, el navarro ordenó hacer alto, adelantar a su caballería y formar un cuadro defensivo. “En el acto del ataque —relataría posteriormente Mina— fingí retirarme a la casa de la hacienda; pero repentinamente mandé hacer alto y fuego sobre el enemigo”, lo que provocó que aquél se detuviera sorprendido.<sup>119</sup>

Justamente al notar el navarro que poco a poco iban cayendo sus hombres, mandó tomar la iniciativa y avanzar sobre los realistas, lo cual ejecutaron los divisionarios con rapidez y violencia. Esta acción hizo que la infantería enemiga se replegara con terror sobre la caballería, que en consecuencia huyó en desorden, situación que Xavier aprovechó para cargar sobre ellos, matando a cuantos pudo. Armiñán reportó que tal movimiento rebelde “debió producir una impresión muy contraria en toda la caballería de Río Verde, situada a la izquierda, que descociendo la situación del enemigo y la nuestra creyó verse atacada y rompió al momento al desorden más completo, atropellando la infantería, sin que bastasen a contener a estos realistas ningunos esfuerzos míos ni los de los oficiales de mi plana mayor”.<sup>120</sup> El resto del ejército virreinal escapó —debido al cansancio de la caballería expedicionaria— y se reunió en su campamento de San José.

La División regresó a la hacienda después de una acción que había durado casi cuatro horas. “Las tropas estaban sumamente alentadas, convencidas no sólo de que habían cumplido su deber, sino de que habían evitado la suerte funesta que horas antes las amenazaba. Mina fue recibido por sus soldados con imponderable entusiasmo y ruidosos vivas...”<sup>121</sup>

<sup>118</sup> *Ibid.*, p. 736.

<sup>119</sup> Mina a Solórzano, citado por Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución...*, p. 354. Este licenciado Manuel Solórzano, quien trató mucho tiempo con Mina en el Fuerte del Sombrero, llegaría a ser senador por Michoacán en 1825.

<sup>120</sup> Armiñán a Apodaca, campo de Peotillos, 17 de junio de 1817, en *Gaceta del Gobierno...*, p. 736-737.

<sup>121</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 121-122.

Se dispusieron a comer lo que habían preparado antes de la batalla, pero ya los perros del lugar habían acabado con todo en cuanto los cocineros huyeron, al creer que se perdería la acción. Mina ordenó entonces a una partida a buscar alimentos en otra hacienda cercana, y a otra más a recoger a los heridos de ambos bandos, además de reunir lo que abandonaron los enemigos. Debido a que no contaban con medios para su transporte, sólo pudieron recoger 50 fusiles, un cañón, algunos uniformes y ocho mulas cargadas de municiones.

Durante la recolección se encontró entre las ropas de un oficial realista una “Orden del Día” de Armiñán, con la que supieron que los 172 expedicionarios habían derrotado a un ejército compuesto por 2 080 hombres, conformados por 680 de infantería de los regimientos de Extremadura y América, 1 100 de caballería de Río Verde y Sierra Gorda y 300 de la reserva. También descubrieron las intenciones realistas pues “... en ella se mandaba no dar[les] cuartel, y tan seguro estaba Armiñán de la victoria, para lo cual tenía sobrado fundamento, que se daba la enhorabuena por haber al fin alcanzado al traidor Mina y su gavilla, lisonjeándose que ninguno de los que la componían escaparía con vida. Distribuía de antemano los despojos de los vencidos determinando lo que le tocaba al rey y lo que tocaba a las tropas, y mandaba a éstas que no se detuviesen en saquear hasta concluida la matanza”.<sup>122</sup>

La pérdida de la División fue poca en cifras, pero considerable en proporción, debido al corto número de integrantes que la conformaba (véase el cuadro 3).

Cabe señalar que el único muerto del Estado Mayor fue Lázaro Goñi, paisano y amigo afectísimo de Mina, que había permanecido a su lado desde que era casi un niño, en los tiempos de la guerrilla de Navarra. Entre los heridos se encontraban Bradburn —que recibió una herida grave “en el pescuezo”— y los mayores Mauro y Sterling.<sup>123</sup>

<sup>122</sup> *Ibid.*, p. 124.

<sup>123</sup> Expediente de John Davis Bradburn en el Archivo de Cancelados de la Secretaría de Defensa, citado en Cárdenas de la Peña, *Historia marítima...*, t. I, p. 261, nota al pie.

Mientras el general recibía las felicitaciones de sus oficiales en el campo —escribiría Potter—, le preguntó éste a un joven irlandés conocido como Pat, quien era lugarteniente y oficial de la guardia de honor:

—Bueno, Pat —dijo Mina—, ¿qué piensas de la victoria?

—¡Oh, es gloriosa! —dijo Pat—. Pero una más como ésta terminará con nosotros.<sup>124</sup>

Cuadro 3  
BAJAS DE LA DIVISIÓN AUXILIAR EN LA BATALLA DE PEOTILLOS,  
JUNIO DE 1817

	Oficiales		Tropa		Total
	Muertos	Heridos	Muertos	Heridos	
Estado Mayor	1	1	0	0	2
Guardia de Honor	8	7	0	0	15
Caballería	2	3	9	7	21
Regimiento de la Unión	0	0	6	7	13
Primer Regimiento	0	0	4	0	4
Criados armados	0	0	0	1	1
Total	11	11	19	15	56

FUENTE: William Davis Robinson, *Memorias de la revolución mexicana. Incluyen el relato de la expedición del general Xavier Mina*, estudio introductorio, ed., trad. y notas de Virginia Guedea, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Fideicomiso Teixidor, 2003, p. 122.

La noticia, aunque amañada por los partes y noticias realistas, se expandió por el territorio novohispano causando asombro, temor y esperanza entre la población. “Fue grande la sensación producida por este suceso en México y Veracruz, —dice Mendibil— y aún más vehemente la conmoción que causó en San Luis Potosí. Aquella ciudad se hallaba entonces gobernada por un jefe de poca aptitud y defendida por una escasa guarnición: circunstancias que debían haber decidido a Mina a presentarse sobre

<sup>124</sup> Potter, “Mina and his Three...”, p. 63, trad. del autor. Potter se basaría en lo que le contó Bradburn, testigo presencial de la expedición, para escribir su obra, por lo que registró varias anécdotas y diálogos que aquel le refirió.

sus trincheras, no siendo dudosa su entrada sin la menor resistencia, y aún con aplauso.”<sup>125</sup>

Bustamante aseguraba que en Veracruz, lugar dominado por el pensamiento liberal, con el triunfo de Mina “... se daban las más cordiales felicitaciones casi públicamente los gachupines... y se veía pintada en sus semblantes una alegría extraordinaria”.<sup>126</sup> Por lo mismo, la acción también fue aprovechada por los insurgentes, quienes supieron del triunfo y lo difundieron, logrando que renaciera entre los patriotas el ánimo y la esperanza de obtener la independencia que ya se sentía lejana.

Apenas supieron las gavillas —indicaría con resentimiento el realista Mariano Torrente— [de] los falsos triunfos conseguidos por los invasores en Peotillos, salieron de sus madrigueras a prestar un fingido homenaje, acompañado de descompasados elogios, hacia el héroe europeo que había sabido resistir a los orgullosos realistas. Los facciosos mexicanos llegaron a creer que el famoso Mina había de ser el azote de sus mismos paisanos y la mejor aldaba de la independencia.<sup>127</sup>

Xavier, por otra parte, sabía que el enemigo se iba a rehacer y que volvería a presentar batalla, por lo que se dispuso a salir con precipitación, dejando a los heridos de Armiñán reconfortados y encargando también a tres de los suyos que no pudieron seguir adelante. “Éstos corrieron ya diversa suerte [al herido dejado en Valle del Maíz], pues fueron conducidos hasta San Luis Potosí, distante 12 leguas [60 km], y después de sanos se les dio pasaporte para su país...”<sup>128</sup>

<sup>125</sup> Pablo Mendibil, *Resumen histórico de la revolución de los Estados Unidos Mejicanos*, facsímil de la edición de Londres de 1828, México, Miguel Ángel Porrúa, 1983, p. 321-322.

<sup>126</sup> Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución...*, p. 355.

<sup>127</sup> Mariano Torrente, *Historia de la Independencia de México*, facsímil de la edición de Madrid, Imprenta de Moreno, de 1830, México, Miguel Ángel Porrúa/Universidad Nacional Autónoma de México, 1988, p. 332-333.

<sup>128</sup> “Memoria del Sr. Miguel Barragán”, citado por Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución...*, p. 347. Dice este autor que se tuvo dicha actitud, pues el coronel Quintero, reconocido por su frialdad para matar rebeldes y

De igual manera, por cuestiones de movilidad, al navarro le fue preciso quemar una buena cantidad de los costosos uniformes y armas que traía desde los Estados Unidos para equipar a todos de hombres que esperó alguna vez reclutar y que nunca llegaron. “Cuando las tropas estaban formadas y las mulas cargadas —recordaría Bradburn—, Mina observó que una de ellas tenía una sobrecarga, y al saber que llevaba ropa de cama de los oficiales cortó con un tajo de su espada la carga, que al caer al suelo fue a alimentar la hoguera que ardía con el resto de las telas.”<sup>129</sup> El 16 de junio por la mañana, continuó la División con su largo camino, para intentar encontrarse por fin con los insurgentes.

Por el lado realista, Apodaca estaba enfadado, a pesar de que se le había hecho creer que aquella derrota había sido una victoria. Así se lo había tratado de asegurar Armiñán en sus partes, los que se hicieron imprimir en la *Gaceta de México*. En ellos le decía que había encontrado una columna de hombres resueltos a morir matando, que su caballería se asustó y se mezcló con su infantería, poniéndola en desorden, pero que había ganado la batalla y que sólo necesitaba 200 hombres de caballería para acabar de destruir completamente al traidor Mina. Concluía este singular documento diciendo: no hay más papel, “y fue ventura —señala Robinson—, que si más papel hubiera habido, más falsedades hubiera fraguado”.<sup>130</sup>

A pesar del informe, fue tanto el enfado del virrey que buscando algún culpable ordenó, el 17 de junio, que se hiciera un juicio al comandante y oficiales de Río Verde, con la acusación de ser los responsables de la derrota por “el hecho de haberse retirado en desorden su caballería —como los acusaba Armiñán—, echándose sobre la infantería y no haberse reunido en el lugar designado”. Por lo mismo, fueron revisados los partes del propio Armiñán, de Rafols, Facundo Melgares, Eusebio Moreno

quien había ordenado ajusticiar al herido anterior, no asistió a la acción, “pues [presuntamente] se quedó enfermo en Valle del Maíz”.

<sup>129</sup> Brush *et al.*, *Diarios. Expedición...*, p. 186.

<sup>130</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 124.



y Cristóbal Villaseñor; además de que se escucharon los relatos de varios testigos de la acción.<sup>131</sup>

También Francisco de Orrantía escribió al virrey; le contó las dificultades que tenía para impedir el paso a Mina: “De esta provincia [de San Luis] absolutamente me pueden dar ninguna [tropa], respecto de estar casi toda a las órdenes de Armiñán”, que traía “caballos enteramente inútiles y el resto de los demás se están poniendo lo mismo y sin esperanza de poderlos remplazar”, y respecto a la acción que tuvo Armiñán, señaló que dudaba “que se presente otra ocasión más favorable para poder destruir al perverso Mina”.<sup>132</sup> Pero la respuesta de Apodaca no fue menos enérgica y hasta sarcástica “en cuanto al mal estado en que se van poniendo sus caballos —escribió en respuesta a Orrantía—, haga lo que el traidor Mina y los rebeldes, que es tomar los buenos que hay en las haciendas y pueblos...”, y terminaba enfurecido: “Es un escándalo vergonzoso que un estudiante aventurero sin conocimientos militares, rodeado de pícaros sin crédito, sin dinero y sin recursos, con un puñado de gente se esté paseando por las provincias de este reino haciendo la farsa del judío errante.”<sup>133</sup>

## CAPITULACIÓN DEL FUERTE DE SOTO LA MARINA

### *Los que se quedaron*

Mientras Mina obtenía el triunfo en Peotillos, el resto de la expedición que le aguardaba en Soto la Marina corría al mismo tiempo, mismo día y casi misma hora, una suerte totalmente contraria.

<sup>131</sup> Causa a oficiales del regimiento de Río Verde, AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 930, doc. 1-13, f. 1-142. Así, Armiñán se lavó las manos respecto a su responsabilidad en la derrota de Peotillos. A pesar de ello, al final del juicio, que terminó hasta el 9 de abril de 1821, se concluyó que los oficiales eran inocentes y que ciertamente habían cumplido con su deber.

<sup>132</sup> Francisco de Orrantía al virrey Juan Ruiz de Apodaca, n. 27, hacienda del Jaral, 19 de junio de 1817, en Rogelio López Espinoza, *Don Pedro Moreno, adalid e insurgente, documentos inéditos o rarísimos de su vida y su obra*, Guadalajara, Gobierno de Jalisco, 2005, p. 219.

<sup>133</sup> Nota marginal autógrafa del virrey Juan Ruiz de Apodaca, [junio de 1817], *ibid.*, p. 220.

A la salida del navarro, el mayor Sardá, como responsable de ese lugar, se empeñaba en terminar el fuerte, en trasladar las provisiones que aún quedaban en la barra del río y en tratar de dar instrucción y disciplina a las fuerzas de los naturales que se le habían unido y con las que había formado la Milicia Nacional que era comandada por el mayor Castillo. El total de las fuerzas que habían quedado a su cargo eran exactamente 135 hombres: la compañía de granaderos, la infantería y la 1a. y 2a. compañías de fusileros del Regimiento de México, con los que intentaría sostenerse ante el inminente ataque realista. Ya se habían montado las piezas en el fuerte, que eran seis de campaña, dos obuses y cuatro carronadas de a 12.<sup>134</sup>

El optimismo aún reinaba entre los expedicionarios que se habían quedado, pues confiaban en que Mina regresaría con refuerzos. “Tan lejos estamos de tener miedo a Arredondo que ojalá venga —escribió envalentonado Mier a una de sus primas, el 30 de mayo—. Con eso el general por detrás y nosotros por delante damos cuenta de sus vaqueros.”<sup>135</sup>

Las partidas seguían saliendo aunque ahora con menor frecuencia. Una de éstas, formada por 22 hombres y dirigida por el capitán italiano Andreas, salió el 3 de junio en busca de trigo para la guarnición. Para el día 8 el capitán había logrado ya su propósito cuando, al regresar a la fortaleza con 23 mulas cargadas que había sacado de la villa de las Presas del Rey, se encontró con un cuerpo de 120 soldados españoles.<sup>136</sup> No tuvo otra salida que sostenerse y enfrentar la desigual contienda. En realidad no duró mucho la refriega de final predecible, a lo más en una media hora se rindieron los que sobrevivieron, y sólo tres lograron escapar. A los capturados se les fusiló en el momento, a excepción del

<sup>134</sup> En este parte, el divisionario hace un recuento a la junta gubernativa insurgente de los elementos que dejaron en Soto la Marina. Parte de Noboa a Jaujilla, Fuerte del Sombrero, 26 de junio de 1817, en Hernández y Dávalos, “Facsimiles sobre Expedición de Mina”, BN, *Fondo Reservado*, Archivo Agustín Rivera y Sanromán, doc. 7469-37, p. 2. Este impreso, casi desconocido, quizás formaba parte de la *Revista de Geografía y Estadística*, t. III, n. 19, mayo de 1871.

<sup>135</sup> Mier a Anita González, Soto la Marina, 30 de mayo de 1817, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 913.

<sup>136</sup> Alamán, *Historia de Méjico...*, p. 589.

capitán Andreas, a quien se le conservó la vida a cambio de pasar a las órdenes del rey. Al enterarse, Sardá sintió mucho la pérdida de las provisiones, pero sobre todo la de aquellos hombres que tanto apreciaba. Ya sólo le quedaban 113 divisionarios, de los cuales 93 componían la guarnición mientras que los 20 restantes estaban a cargo de los almacenes.<sup>137</sup>

Por otra parte, Sardá supo desde el 6 de junio que los realistas se encontraban cerca y que se preparaban para atacar el fuerte, por lo que apresuró las tareas. Mientras los hombres traían a la construcción las últimas provisiones dejadas en la playa, concluían la fortificación y se preparaban para enfrentar al enemigo; las mujeres —esposas, hijas y familiares de los soldados— mataban al ganado, salaban la carne y preparaban las provisiones con las que resistirían el posible sitio.<sup>138</sup>

A pesar de la rapidez con la que se efectuaron las tareas, el tiempo no fue suficiente, ya que el día 10 de ese mes se presentaron las primeras tropas enemigas, así que se suspendió toda actividad para aprestarse a la batalla, quedando un espacio de la fortificación sin terminar. Los realistas llegaron por las rutas de Hoyos, Borbón, Aguayo y Croix y se posesionaron del rancho de San José, lugar escogido para su reunión, a escasos cinco kilómetros del Fuerte de Soto la Marina, desde donde planearon el ataque.<sup>139</sup> Sus fuerzas estaban compuestas por el batallón de Fernando VII; el regimiento Fijo de Veracruz, con 350 hombres; otro de 360; además de 280 de infantería con 19 cañones y otros 1 200 realistas, todas bajo el mando de Arredondo.<sup>140</sup>

Desde hacía días el virrey presionaba al oficial realista para que se deshiciera del fuerte y sus defensores, y en una carta del 9 de junio le recriminaba el no haberse reportado desde el 25 de mayo. “Prevengo a V. S. —le ordenó enérgicamente— los ataque

<sup>137</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 180.

<sup>138</sup> Cabe recalcar que esa provincia era también un importante centro ganadero y la población de Soto la Marina no quedaba atrás en ese renglón, por lo que la carne la tenían casi asegurada los expedicionarios. Véase Franco Carrasco, *El Nuevo Santander...*, p. 171.

<sup>139</sup> Saldívar, *Historia compendiada...*, p. 143.

<sup>140</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 142.

[a los rebeldes] sin perder instante, pasándolos todos a cuchillo... estoy impaciente por saber el resultado de las operaciones..."<sup>141</sup>

Poco después, el día 11, escribió Apodaca nuevamente regañando a Arredondo por delegar la misión de interceptar a Mina al comandante de San Luis Potosí, Manuel María de Flores, cuando debía ser a él a quien correspondía hacerlo. "Me admira —reclamaba—, vuelvo a decir, que teniendo reunidos 700 caballos y 400 infantes... haya dejado escapar de Soto la Marina al traidor Mina con la miserable fuerza de 470 hombres, cuya destrucción era inevitable..." Por lo mismo, le ordena enfático que dejara a cierta cantidad de sus hombres en Soto la Marina para no permitir escapar a los rebeldes, y que él marchara "... con toda celeridad sobre el traidor Mina, lo alcance a toda costa, lo bata y destruya, dándome aviso de haberlo ejecutado".<sup>142</sup>

Mientras tanto, en Soto la Marina, ante la enorme proporción del enemigo realista, el coronel rebelde Myers, jefe de la artillería, y el comisario Bianchi, temerosos, dimitieron de sus cargos y se retiraron a la barra del río. Sardá, sobreponiéndose a esta conducta, encargó al comandante Dagassan ponerse al frente de la artillería, mientras que el lugar de Bianchi quedó desierto.

El enemigo, en su primer movimiento del mismo día 10, se acercó por una maleza del lado derecho del fuerte, con el fin de capturar a las reses de la División que vagaban alrededor, "... porque uno de los medios principales para rendirlos —indicó Arredondo al virrey en su mensaje número 596— es privarles del alimento, [por lo que] previne al capitán de la compañía del cuerpo de reserva, don Félix Cevallos, que con 50 hombres marchara a ver las [reses] que le podía quitar..."<sup>143</sup> Para evitarlo, los rebeldes organizaron una partida que salió con fuerza y venció con rapidez al grupo virreinal, el cual huyó en desorden. Con esta acción se reafirmó la confianza en los expedicionarios, además de que recuperaron sus reservas alimenticias.

<sup>141</sup> Apodaca a Arredondo, México, 9 de junio de 1817, en Guzmán, "Francisco Javier Mina en...", p. 1069-1070.

<sup>142</sup> Apodaca a Arredondo, México, 11 de junio de 1817, *ibid.*, p. 1072-1073.

<sup>143</sup> Arredondo a Apodaca, San José, 10 de junio de 1817, *ibid.*, p. 1079-1080.

*Deserciones y capitulación*

No obstante, fue hasta el día 12 cuando los realistas iniciaron el ataque formal, abriendo fuego desde una batería distante colocada a la orilla opuesta del río, y lo sostuvieron hasta el 14 sin lograr hacer mucho daño a los expedicionarios. Por la ineficacia del fuego, cambiaron de táctica e intentaron atraerse la voluntad de algunos desanimados oficiales sitiados. Para ello se valieron del rendido capitán Andreas, el cual invitó a los capitanes La Sala y Metternich a desertar y pasarse al lado del virrey. Al ver las condiciones de su situación, estos oficiales decidieron aceptar la invitación y abandonaron a los divisionarios el día 13. “Mientras dejó encargado al capitán Sala del mando de material de artillería —reportaría Dagassan en francés a Sardá el mismo 13 de junio—, el miedo lo toma y aprovechando el momento en que yo estaba ocupado y que el enemigo tiraba siete golpes por minuto, el traidor [Sala] pasa al enemigo...”<sup>144</sup>

Esto consternó aún más a Sardá, quien no veía esperanza en su posición y al intuir que Mina ya se encontraría lejos de ahí, esperaba que acaso Perry —aquel que intentaba regresar a los Estados Unidos— cambiara de opinión y se volviera para reforzarlo; sólo se engañaba. Empero, los que si llegaron fueron los marineros que estaban con Hooper a orillas del río. Como el desertor Sala sabía sobre las disposiciones de la defensa y seguramente las había proporcionado a los enemigos, el temor podría llegar a los sitiados, por lo que, en un acto de solidaridad y unión, el mayor convocó a todos sus hombres y oficiales y juntos juraron seguir adelante con la defensa del fuerte o morir en el intento.

Las acciones continuaban y como la construcción de la fortaleza no estaba concluida, los revolucionarios se repartían los tiempos trabajando y disparando. A pesar de la fatiga trataban de seguir adelante, pues no sólo estaba en juego la causa por la que luchaban, sino su propia vida, pues sabían que no podían esperar misericordia

<sup>144</sup> Reporte de Dagassan a Sardá, Fuerte de Soto la Marina, 13 de junio de 1817, AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 943, f. 169-174.

de los realistas en caso de ser capturados. Como tenían buen número de armas y municiones, en los momentos que no eran atacados cargaban fusiles con bayoneta de repuesto para contar cada uno con varios tiros en caso de un asalto enemigo.

El mismo día 14, el desertor Sala sugirió a los realistas que atacaran con una batería desde la orilla izquierda del río y a las tres de la madrugada del 15 comenzó un ataque que hizo estragos a los rebeldes. Al amanecer, ya los realistas habían colocado siete cañones en ese lugar, de modo que los sitiados eran atacados por derecha e izquierda al mismo tiempo. También la tropa virreinal había logrado apoderarse del río por completo, cortando el agua a los revolucionarios, por lo que éstos no pudieron ya abastecerse de ella. “Entonces —se dice— fue cuando una heroína, viendo que los hombres empezaban a flaquear, salió intrépidamente del fuerte, y en medio de un diluvio de balas, pudo, sin recibir daño alguno, llevarles agua.”<sup>145</sup> Con todo esto ya era cuestión de tiempo para que los divisionarios —sin refuerzos, sin una buena protección, con deserciones, sin agua y bajo constante ataque de una fuerza superior— se rindieran en cualquier momento. “Hubo mucho fuego entre los realistas y los patriotas hasta el 15 —escribiría ya prisionero el teniente divisionario Farewel—, en que los realistas, conociendo la superioridad de sus fuerzas nos balearon terriblemente con 18 cañones y 2 500 hombres, el fuerte lo correspondió por diez horas.”<sup>146</sup>

Esa superioridad animó a los realistas a realizar el asalto al fuerte. Los defensores ya sólo tenían un obús para sostenerse y varios fusiles cargados. “El enemigo se aproximó a paso acelerado, gritando ‘Viva el rey’, y presentando un frente formidable al cual no parecía posible resistir. La guarnición lo dejó acercar a distancia de 100 pasos y entonces lo recibió con una descarga

<sup>145</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 183. Se citan algunas de estas anécdotas, pues de ser ciertas y no apuntarlas se restaría mérito —con un simple borrón escéptico— a quien arriesgó su vida por una causa en la que creyó y por la que luchó. A esta mujer se le conoció como “Juana Soto la Marina” por aquella acción.

<sup>146</sup> Farewel a un amigo, La Habana, 1 de mayo de 1818, AGN, *Instituciones Coloniales, Indiferente virreinal*, caja 5002, exp. 057.

cerrada, acompañada del grito Viva la libertad, Viva Mina. Incapaz de vencer la vigorosa resistencia, el enemigo retrocedió en la mayor confusión y desorden.”<sup>147</sup>

No pasó mucho para que se rehicieran los sitiadores y ante nueva orden de Arredondo volvieron a asaltar la fortaleza enviando por delante a la caballería, pero fueron rechazados otra vez. “En esta acción —señala Toribio de la Torre—, Arredondo estuvo próximo a perder la vida, habiéndole pasado muy cerca una bala de cañón.”<sup>148</sup> Fue entonces que se dieron cuenta de que los rebeldes extranjeros estaban mejor organizados y tenían mayor preparación militar que los del país. Pero, acostumbrados a un mismo tipo de ataque, lanzaron otra ofensiva, en la que fracasaron de nuevo con muchas pérdidas.

Mientras esto ocurría, Mier trataba de eludir la participación en la contienda y se comportaba ajeno a los acontecimientos. Así, salió de la habitación donde se alojaba —en la que tenía colocado un letrero que decía: “Aquí se agradecen, pero no se reciben visitas”— para irse a refugiar a los alrededores del fuerte, donde se protegían las familias de los sitiados, las mujeres y civiles, donde “... se hizo con una poca de tierra y unos palos un reparo, e hizo un pozo en el cual se metió el día del fuego”.<sup>149</sup>

Por otro lado, a pesar de que habían podido repeler a los agresores, los rebeldes supieron que no podrían sostenerse por mucho tiempo en esas desventajosas circunstancias. Cada vez había menos hombres y gran parte de la fortaleza había sido destruida por los cañones virreinales, por lo que algunos reclutas atemorizados huyeron entre la confusión para salvar la vida, pero con el tiempo ni ese recurso pudieron tomar, pues descubrieron que el enemigo había fusilado a cuatro que se habían pasado a su lado. Para suerte de los que quedaban, el fuego realista cesó.

Arredondo aprovechó para enviar un grupo parlamentario para amedrentar a los sitiados; les ordenó la rendición a discreción, lo que fue rechazado por los expedicionarios, quienes lo

<sup>147</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 183.

<sup>148</sup> Torre, *Historia general...*, p. 97.

<sup>149</sup> “Undécima declaración de Mier”, México, 10 de octubre de 1817, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 811.

invitaron a que realizara otro ataque. Esto les valió la admiración del sitiador que, mediante el envío de otro parlamento, ofreció la rendición respetando las vidas de los sitiados, pero recibió una nueva negativa de los del fuerte, ya que éstos pedían ser reconocidos como prisioneros de guerra “... que de lo contrario —así lo informaría Arredondo al virrey— estaba resuelto [Sardá] a volar el fuerte y sus inmediaciones primero que sujetarse sufrir después otras penas y tormentos que debían de esperar de nosotros”.<sup>150</sup>

En efecto, Farewel escribiría que “los americanos que había allí en número de treinta se manifestaron todos muy aguerridos, el resto de la gente que eran españoles y franceses se manejaron cobardemente, aunque decían que querían volarse en el fuerte antes de ser cogidos”.<sup>151</sup> No obstante, bajo el fuego de cañón enemigo, los estadounidenses también desistieron, al presagiar que iban a ser cogidos y pasados a cuchillo, por lo que aceptaron también continuar con los términos de la capitulación.

Del lado realista tampoco marchaban bien las cosas y Arredondo buscaba la rendición mediante un arreglo ya que se dio cuenta de que “... tenía muy pocos cartuchos de cañón para seguir el sitio —continuaría informando al virrey—, y que el retirarme un poco atrás era indecoroso a las armas y aumentar la resolución del enemigo”.<sup>152</sup> De igual manera, sabía de la desesperación de Apodaca, por lo que tenía que darle muestra de su buen accionar, y sabía que rindiendo el fuerte ganaría prestigio ante aquél. Por lo mismo, envió por tercera vez a su grupo negociador invitando a los divisionarios que ofrecieran una propuesta de convenio; después de una corta discusión, los sitiados contestaron con el siguiente documento:

1. Comprenderse en esta capitulación todos los individuos que componen la guarnición del fuerte de Soto la Marina, y los que se hallan en la actualidad en el río y en la barra. Serán prisioneros

<sup>150</sup> Arredondo a Apodaca, Soto la Marina, 17 de junio de 1817, *ibid.*, p. 887.

<sup>151</sup> Farewel a un amigo, La Habana, 1 de mayo de 1818, AGN, *Instituciones Coloniales, Indiferente virreinal*, caja 5002, exp. 057.

<sup>152</sup> Arredondo a Apodaca, Soto la Marina, 17 de junio de 1817, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 887.



- de guerra y se les concederá un sueldo correspondiente a sus grados. Los oficiales estarán bajo palabra de honor.
2. La propiedad particular será respetada.
  3. Los extranjeros serán enviados a los Estados Unidos, en la primera ocasión. Los naturales del país se retirarán a sus casas y no tendrán que padecer por su anterior conducta.
  4. La guarnición dejará las armas después de haber salido del fuerte con los honores de guerra.<sup>153</sup>

El capitán Martínez, oficial en jefe del parlamento de Arredondo, después de mencionar que su jefe sentía sobremanera el sacrificar a unos hombres que habían mostrado extraordinarias pruebas de valor, dijo que estaba autorizado para acceder a los artículos que le parecieran convenientes, por lo que aceptando las cuatro condiciones de la capitulación, juró que éstas serían respetadas. Sardá, acostumbrado y sabiendo que la palabra de honor de un oficial era de más valor que un documento firmado, no exigió que Arredondo signara el papel.

Esa misma tarde, 15 de junio, después de resistir 11 horas de ataque continuo, los expedicionarios sobrevivientes salieron del fuerte con los honores de guerra pactados. Eran apenas 37 hombres, quienes entregaron sus armas a 500 pasos del enemigo, y los que quedaban estacionados en la barra del río se reunieron con ellos poco después; entre éstos estaban el capitán Hooper y el desertado Myers. Según el informe final de Dagassan a Sardá, entre los rendidos estaban el primer obusero, teniente Durand, junto con dos artilleros y cuatro civiles que tenían un día de instrucción; el 2o. obusero, subteniente Thierry, con dos artilleros y otros cuatro civiles también con un día de instrucción; el teniente Tauck, jefe de una pieza de a 4, con dos artilleros, dos operadores y tres marineros americanos; el capitán Lemoine, del barco *Balance*, y dos marineros; el maestro obrero Thomas, jefe de una 3a. pieza y dos operadores; el brigadier Lanesval, jefe de otra pieza de a 4, con un artillero y un operador, y el brigadier o maestro Demetry, comandante de una pieza de a 4, con dos artilleros.<sup>154</sup>

<sup>153</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 184.

<sup>154</sup> Cárdenas de la Peña, *Historia marítima...*, t. I, p. 256, nota al pie.

Se dice que Arredondo, sorprendido al ver salir tan pocos defensores, se acercó a Sardá para decirle:

—¿Es esta toda la guarnición? —preguntó.

—Toda —respondió Sardá.

—¿Es posible? —exclamó admirado al comandante del batallón de Fernando VII que se encontraba a su lado.<sup>155</sup>

Y no era para menos, este jefe había perdido más de 300 de sus mejores hombres en la refriega, teniendo otro tanto de heridos, no obstante se contentó al encontrar el buen número de armas que les quitó a los revolucionarios. Entre ellas, además de los nueve cañones, había 2 500 fusiles, 7 000 cartucheras y 200 vestuarios, además de cajas de munición como para tres meses.<sup>156</sup>

Pero a Arredondo no le duró mucho el gusto de la victoria, ya que recibió un duro golpe a su reputación e intereses por medio de una nueva misiva del virrey del 12 de junio, quien ignoraba la rendición del fuerte. Apodaca estaba realmente decepcionado por la forma de actuar de ese jefe, por lo que le escribió que

Resultando de la conducta política y militar de V. S. en el mando de esas provincias, cargos a que debe responder, he nombrado interinamente para que lo releve al señor Gobernador Intendente de Zacatecas, don José Gayangos, a quien lo entregará inmediatamente que le presente esta orden, dándolo a conocer a las tropas, gobernadores de las provincias y demás jefes políticos y militares a quienes toque, y poniendo a disposición del señor Gayangos cuantos objetos dependan de esa Comandancia General.<sup>157</sup>

Sin embargo, Arredondo no se amedrentó y continuó sus disposiciones tal y como las tenía planeadas, ya que contaba con poder y con el apoyo de sus hombres, además de gente influyente de la región, por lo que de alguna forma trataría de que el virrey diera marcha atrás a su orden. Finalmente Apodaca así lo haría.

<sup>155</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 185.

<sup>156</sup> Parte de Noboa a Jaujilla, Fuerte del Sombrero, 26 de junio de 1817, en Hernández y Dávalos, “Facsímiles sobre la Expedición de...”, p. 2.

<sup>157</sup> Apodaca a Arredondo, México, 12 de junio de 1817, en Guzmán, “Francisco Javier Mina en...”, p. 1073.

*Prisión de Mier y destino de los sobrevivientes*

A los rendidos se les trataba conforme lo pactado y los oficiales realistas se acercaban a Sardá para felicitarlo por su heroica acción, lo mismo que al resto de los sobrevivientes, y los alentaban diciéndoles que Arredondo había recibido un mensaje del virrey donde ofrecía una amnistía a los hombres de Mina que lo abandonaran y les aseguraba que los enviarían de regreso a los Estados Unidos con el dinero necesario para el viaje. Durante ese y los dos días siguientes no hubo cambio alguno en la actitud realista, pero al tercer amanecer las cosas fueron diferentes y los prisioneros despertaron siendo vigilados de cerca por una guardia, al tiempo que fueron obligados a enterrar a los muertos y a demoler el fuerte por completo.

En esa situación arribó una de las partidas de la División formada por 28 hombres, a cual había salido de la fortaleza días antes y fue capturada por Felipe de la Garza el 3 de junio en el campo de La Funda; ahí les mataron a un oficial y cuatro soldados, y tomaron prisioneros al teniente Hutchinson, a otro oficial y a tres soldados, a los cuales De la Garza había tratado con cierta generosidad. Sin embargo, al llegar fueron fusilados frente a sus compañeros, con la justificación de que ese grupo se encontraba fuera de los límites incluidos en la capitulación. El mismo teniente estadounidense Hutchinson, jefe de la partida, estaba tan herido que, al no poder ponerse de pie, tuvo que ser ajusticiado en el piso. Ante ello, el resto de los expedicionarios pudieron saber de la traición realista, presintiendo la suerte que les esperaba.<sup>158</sup>

En efecto, después de 10 días de arresto se les envió a una prisión de Altamira, donde permanecieron por dos meses. Ahí los rebeldes decidieron darse a la fuga en un momento determinado. Pensaron escapar y dirigirse a Tampico, donde podrían embarcarse para el norte. No obstante, alguien traicionó al grupo y, una hora antes de señalado el golpe, se encontraron con la

<sup>158</sup> Meade, *La Huasteca...*, p. 17-18. Años después Felipe de la Garza se enfrentaría al Plan de Iguala, para adherirse finalmente al movimiento de Iturbide. Con el tiempo llegaría a ser el primer gobernador de la provincia de Nuevo Santander. Moriría en ella en 1832.

llegada de un destacamento enemigo que los encadenó y los repartió por distintos lugares de la ciudad.<sup>159</sup>

Apodaca, olvidando su anterior orden de relevarlo, regañó a Arredondo; exclamó que los prisioneros “... *debieron ser pasados por las armas...* no siendo ni pudiendo considerarse como prisioneros de guerra sino de justicia por las agravantes circunstancias de traidores, conspiradores, enemigos públicos y proscritos por las leyes. *En este número se comprende el apóstata F. Servando Mier que debió sufrir igual pena en justo castigo por sus delitos*”.<sup>160</sup>

Por iniciativa del mismo virrey se desconoció cualquier pacto; en consecuencia los reos fueron llevados a Veracruz dando un largo rodeo por Pachuca, algunos a caballo y otros a pie, cargando los hierros de sus prisiones, contando con poca o nula alimentación y ante un sol sofocante, por lo que muchos no llegaron a su destino. De los que arribaron al puerto veracruzano, 14 fueron encerrados en una pieza para cuatro, donde no había entrada de aire, de modo que estaban a punto de la sofocación. “El dinero que se les encontró se lo tomó el teniente del rey de Veracruz D. José María Echegaray —asegura Bustamante—; yo le vi contar y despojar de sus uniformes.”<sup>161</sup>

Al día siguiente se les encerró en el castillo de San Juan de Ulúa, donde las estrechas celdas son sumamente húmedas y frías o excesivamente cálidas, según la hora y la temporada, situación que afectaba físicamente a los rebeldes, pues se hallaban completamente desnudos. El espacio estaba bajo el nivel del mar y era tan pequeño que es de imaginar la inmundicia en la que cohabitaban, incluso los centinelas llegaban a desmayarse ante lo corrompido del aire cuando abrían las celdas. La pobre ración de alimentos que recibían diariamente era de cuatro onzas de pan, tres de arroz y tres de legumbres, todas con falta de aseo. Por lo mismo, era tanta el hambre que si algún cangrejo llegaba a penetrar por los agujeros de las paredes, era disputado violentamente por los prisioneros.

<sup>159</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 187.

<sup>160</sup> Apodaca a Arredondo, México, 24 de julio de 1817, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 894. *Cursivas del propio mensaje.*

<sup>161</sup> Bustamante, *Cuadro histórico de la...*, p. 362.

No se separaron los sanos de los enfermos e indistintamente fueron encadenados con una sola cadena de dos en dos “... y en esta disposición —testimonia Bustamante— tenían que hacer sus operaciones más naturales, lo cual les causaba un tedio recíproco; así es que continuamente se acometían unos a otros con furia rabiosa e indecible”.<sup>162</sup> En esas lamentables condiciones, después de la primera noche fueron encontrados muertos dos divisionarios. Los pocos que lograron sobrevivir a este encierro sufrieron peor castigo al ser enviados de cuatro en cuatro a las prisiones españolas de la Península y de África, donde les era aplicado el mayor rigor.<sup>163</sup>

Madame La Mar, la francesa que se había quedado en Soto la Marina, fue destinada a servir en un hospital de Altamira con penosas ocupaciones. Sin embargo, al poco tiempo logró darse a la fuga para refugiarse con Guadalupe Victoria; dejó una carta al virrey y otra al gobernador de Veracruz, donde hizo una enérgica protesta por no respetar las condiciones de la capitulación en Soto la Marina y amenazó con que los insurgentes algún día se vengarían.<sup>164</sup>

<sup>162</sup> *Ibid.*, p. 365. El episodio es popular en San Juan de Ulúa, donde aún se cuentan las leyendas de la celda de los expedicionarios, conocida en la actualidad como “la Galera de los de Mina”.

<sup>163</sup> Estos divisionarios tuvieron diferente fin: Sardá fue sacado de aquella fortaleza y enviado a Ceuta, de donde pudo escapar para dirigirse a Tánger; logró volver a América para sumarse a las fuerzas de Bolívar. Zorrilla, *Historia de...*, p. 23; otros 15 oficiales, entre ellos el teniente Farewel, fueron enviados a Cuba donde esperaban ser remitidos a Cádiz, bajo una condena de 10 años de prisión. Farewel a un amigo, La Habana, 1 de mayo de 1818, AGN, *Instituciones Coloniales, Indiferente virreinal*, caja 5002, exp. 057.

<sup>164</sup> Robinson, *Memorias de la revolución...*, p. 189-190. Las autoridades españolas y la Inquisición intentaron acusar a Mier de vivir con ella en amasiato, lo que fue rechazado por los testimonios que se presentaron en el juicio —uno de éstos fue la “Declaración de Domingo Andrés” del 15 de octubre de 1817—, y la acusación fue levantada. La francesa permaneció por un tiempo con Victoria hasta que volvió a caer prisionera por los realistas, quienes la enviaron a servir a una familia adinerada española de Jalapa, en 1819. Años después, en el México independiente, La Mar solicitó al gobierno el apoyo que le correspondía, por lo que la Diputación Provincial de México, en la Sesión 34 del día 25 de septiembre de 1823, recomendó “a madame Adriana Delamar para que se le confiara un estanquillo por los padecimientos que sufrió por la expedición de don Francisco Javier Mina”, para cuyo cumplimiento se acordó informar a la Dirección General de Tabaco. Véase Cecilia Noriega Elío (estudio introductorio), *La Diputación*

Por su parte, Mier, quien se había entregado momentos antes de la rendición del fuerte y que había pasado casi dos días en completa libertad, fue encadenado desde el 17 de junio a las cinco de la tarde. “Lo primero que hizo la guardia de Arredondo —se quejaría el doctor— fue saquear los equipajes y uno de ellos el mío, que menos debía serlo por haberme yo presentado al indulto, y que valía unos mil pesos, sin contar tres cajones de libros que después se recogieron.... [ellos] fueron los ladrones porque devolvieron un cáliz que estaba en mi baúl.”<sup>165</sup>

Estos libros habían ayudado tanto a él como a Mina —quien obligadamente tuvo contacto con ellos y que le influyeron de igual modo— a obtener y consolidar la conciencia liberal y revolucionaria que los orillaría a venir para luchar por la independencia de la Nueva España. En una relación se encontraban:

Cuadro 4  
RELACIÓN DE ALGUNOS DOCUMENTOS RECOGIDOS  
A MIER EN SOTO LA MARINA

---

*Lista de libros y papeles por tipo de documento*

---

—PERSONALES—

*Historia de la revolución de la Nueva España antiguamente Anáhuac*, 2 t., por el Dr. José Guerra (seudónimo de Mier).

1a. y 2a. *Cartas de un Americano a El Español*, Londres, 2 t.

—DE LA EXPEDICIÓN—

*Exposición de Xavier Mina a los españoles y americanos*, 8o.

*Diario de navegación*, impresos en francés y otros sobre los dos Minas, y otras cartas de Mier.

*Provincial de México. Actas de sesiones, 1821-1823*, t. II, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/El Colegio Mexiquense/El Colegio de Michoacán, 2007, p. 638-640. Bustamante, por su parte, pidió ya en 1844 —en su *Cuadro histórico*—, que madame La Mar “merezca del Sr. Presidente de la federación mexicana el alivio de que es digna (como se lo suplico) ya que ni por su sexo mereció compasión a los inexorables gachupines”. Bustamante, *Cuadro histórico...*, p. 367. A la caída del fuerte, la negrita de diez años que acompañaba a la francesa quedó a servir a una señora pudiente de Monterrey.

<sup>165</sup> Mier, *Escritos inéditos*, p. 71.

Cuadro 4. *Continuación...*

---

*Lista de libros y papeles por tipo de documento*

---

*Exposición de Xavier Mina a los Españoles y Americanos*, Londres, 2 de mayo de 1816 (manuscrito).

Escritura de la venta de la goleta Belona, en 6 000 pesos, Galveston, 21 de enero de 1817.

Un legajo de papeles relativos a Mina y los oficiales de su expedición.

## —BASES IDEOLÓGICAS—

*La Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales*, por Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, Sevilla, 1552, reimpresión en Londres, 1812.

*Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle-Espagne par al de Humboldt*, París, 1811.

*Defensa de la libertad de imprenta*, Isla de León.

*L'ordre des francs-maçons trahi, et leur secret reserve*, Avignon.

*Manual de un republicano para el uso de un pueblo libre*, Philadelphia, 1812.

*Tratado histórico político y legal del comercio de las Indias*, por José Gutiérrez de Rubalcava.

*El Español*, por Blanco White, 8 t., Londres, 1812.

*Guía del estado eclesiástico secular y regular de España*, 1811.

## —CONSTITUCIONALES—

*El Decreto constitucional para la libertad de la América mexicana*, sancionado en Apatzingán, 22 de octubre de 1815, en la Imprenta Nacional.

Las constituciones de: Francia, París, 1814; de Inglaterra, Génova, 1790; de Cartagena, Cartagena de Indias, 1812; de Venezuela, Caracas, 1810; la monarquía española, Cádiz, 1812; la española de José Bonaparte, Bayona, 1808; de Navarra, Cádiz, 1811; y la defensa de la Constitución de los Estados Unidos, por John Adams, Londres, 1787.

## —DE LAS CORTES DE CÁDIZ—

*Diario de las discusiones y actas de las Cortes*.

Cuadro 4. *Continuación...*

---

*Lista de libros y papeles por tipo de documento*

---

*Representación de la diputación americana a las Cortes de España*, 8 t., Londres, 1812.

*Memoria del Dr. Miguel Ramos Arizpe*, diputado en las Cortes por la provincia de Coahuila, Cádiz, 1812.

España y *El Español* a presencia de sus Cortes, 1810.

## —DE LA NUEVA ESPAÑA—

*Conducta de Don José de Iturrigaray durante su gobierno en Nueva España*, por Juan López de Cancelada, 1812.

Ilustrador Americano, 17 de junio de 1812 y otros impresos.

Gacetas del gobierno de México.

*Colección de escritos de la Nueva España*, Valencia, 1811.

*Ruina de la Nueva España, si se declara el comercio libre con los extranjeros*, Cádiz, 1811.

*Introducción para la revolución de la Nueva España*, por Álvaro Flores Estrada, Londres, 1810.

Varios pasaportes en blanco de la República Mexicana.

## —RELACIÓN CON INSURGENTES DEL RESTO DE AMÉRICA—

Gacetas extraordinarias de Buenos Aires, abril de 1815.

*Documentos relativos a Caracas*, Londres, 1812 (en inglés).

*Impreso del gobierno independiente del gobierno de Cartagena de Indias a los hombres libres de todas las naciones* (en español, inglés y francés).

*Oficio del Secretario de Guerra al general Simón Bolívar*, Cartagena de Indias, 1815.

*Diario del gobierno de La Habana*, diciembre de 1815.

## —OTROS—

*Sword Exercise, Drill & Evolutions for the Cavalary*, Baltimore, 1812.

*Gramática de la lengua castellana*, por la Real Academia Española, Madrid, 1796.



Cuadro 4. *Continuación...*

---

*Lista de libros y papeles por tipo de documento*

---

*Nuevo estilo y formulario de escribir cartas y misivas y responder a ellas*, Madrid, 1808.

*Atlas classique et universel de geographie ancienne et moderne*, París, 1811.

*Nuevo diccionario francés-español*, por Antonio de Capmany, Madrid, 1805.

*Fables de Esopo*, París, 1728.

*Fables de La Fontaine*, París.

Papeles firmados por Luis de Onís.

*La Morale pratique des Jesuites*, Colonia.

*¿De qué sirven los frailes?* Edicto, 1816.

*Prospectus for Publishing the Inquisition un Masked*.

*La Sainte Bible*, Bruselas, 1702.

---

FUENTE: “Inventario de los libros y papeles recogidos al Dr. Mier en Soto la Marina y entregados al Tribunal de la Fe”, en Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México*, t. VI, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, p. 840-854 (clasificación libre del autor). Para más de la biblioteca de Mier, véase Cristina Gómez Álvarez, “Lecturas perseguidas: el caso del padre Mier”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coordinadora general), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001, p. 297-313.

Como Mier tenía varios familiares acaudalados en la región que podían interceder por él “... y por el excesivo respeto y consideración que estas incultas gentes tienen a los sacerdotes —explicaba Arredondo—, y con particularidad a éste que por un efecto contrario de lo que debía suceder según su conducta tiene en su favor aquí la pública opinión de sabio y grande”,<sup>166</sup> se le sacó del poblado a media noche con una escolta de 20 solda-

<sup>166</sup> Arredondo a Apodaca, Soto la Marina, 17 de junio de 1817. en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 888.

dos para evitar cualquier protesta, y montado en una mula —a la que el clérigo maliciosamente llamó *Apodaca*— fue llevado hasta la capital del virreinato para ser enjuiciado por el Santo Oficio. Así lo contaría Mier, el 20 de septiembre, a fray José de Lugo y Luna —compañero de celda en el edificio de la Inquisición— “... que cuando estuvo en Soto la Marina había saludado a todos sus parientes, y que estos hubieran hecho su deber, y que por esta causa y temerosos de ello lo habían sacado en grillos a las 11 de la noche”.<sup>167</sup>

Durante su recorrido, en cada población en que entraba el sacerdote, se le exponía al público durante un cuarto de hora, así lloviera o ardiera el calor.<sup>168</sup> Anecdóticamente, cuando pasó por Horcasitas se le encerró en la cercana hacienda del Cojo, que con anterioridad había tomado y abandonado Mina, “único lugar decente, disponible en la región”.<sup>169</sup>

Al pasar por la sierra, Mier cayó siete veces debido a los grilletes y lo áspero del camino; en la séptima caída se rompió el brazo derecho y no le fue curado hasta seis días después en Pachuca. Pasó posteriormente al Santo Oficio en la ciudad de México, para ser después enviado a Veracruz, donde permaneció desde ese año de 1817 hasta 1820. En prisión se quejó Servando, el 19 de septiembre, de no poder estar junto a Xavier en esos momentos; afirmó “... que él hacía mucha falta al lado de Mina, por la mucha opinión que tenía tanto en el reino como en Europa, que con su sola opinión podría juntar treinta o cuarenta mil hombres en el reino”.<sup>170</sup>

<sup>167</sup> Conversaciones entre el padre Luna y el padre Mier, Cárceles del Santo Oficio, del 18 al 21 de septiembre de 1817, en “Cuatro diálogos insurgentes”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, v. III, n. 3-4, 1932, p. 343. Luna, fraile franciscano, fue apresado por predicar ante una multitud que Jesucristo era su comandante y que, como él era insurgente, luego Jesucristo era el mayor insurgente.

<sup>168</sup> “Decimocuarta declaración de Mier”, Santo Oficio de la Inquisición, 8 de noviembre de 1817, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, p. 815. Se podría hablar más de lo acontecido al doctor Mier, pero no es el objetivo de esta investigación, amén de que existen buenos trabajos sobre su vida.

<sup>169</sup> Franco Carrasco, *El Nuevo Santander y su...*, t. II, p. 271.

<sup>170</sup> “Conversaciones entre...”, p. 340. Las pláticas fueron escuchadas y delatadas por Julián Cortázar y Jacinto Floanes, alcalde y teniente del Santo Oficio respectivamente.

Por su parte, Arredondo aconsejaba al virrey un trato riguroso contra el sacerdote rebelde, ya que "... este hombre [Mier] tiene más talento y resolución que el primer cabecilla [Miguel] Hidalgo, y con conocimiento de las principales Naciones cultas; lo que obliga a que se investiguen sus relaciones y se le sentencien con las formalidades que proporciona esa capital."<sup>171</sup> Pero a Mier le faltaba mucha vida por delante y su final sería diferente al de Mina y del resto de la División.<sup>172</sup> Por lo pronto, escribiría un soneto durante su prisión en Veracruz en 1820:

Tuve indulto y capitulación  
en Soto, y mi equipaje me robaron:  
y por traerme con grillos me estropearon  
un brazo: de ahí fui a la Inquisición.  
Sin otra causa que disposición  
del gobierno, tres años me encerraron,  
y en esta cárcel por fin me trasladaron  
con la misma incomunicación.  
¿Cesó la Inquisición? No, cesó el local,  
varióse el nombre con el edificio:  
es hoy Capitanía General  
lo que antes se llamaba Santo Oficio  
con la Constitución todo es lo mismo:  
mudóse el nombre, sigue el despotismo.<sup>173</sup>

<sup>171</sup> Arredondo a Apodaca, Soto la Marina, 17 de junio de 1817, en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos...*, t. VI, p. 888.

<sup>172</sup> Consumada la independencia de México, Mier escribiría a su antiguo amigo Andrés Bello, para entrar en contacto de nuevo: "Esta carta va a la aventura, pues no sé su paradero. V. me creerá muerto como al infeliz Mina y a mi criado Antonio, con casi todos cuantos fueron en la temeraria expedición de aquel valiente joven... Yo caí prisionero en el fuerte de Soto la Marina pero no se atrevieron a fusilarme, querían que pereciera trayéndome con grillos 300 leguas por la cima de los Andes, donde sólo me quebré el brazo derecho que se ha quedado estropeadísimo, y me sepultaron en la Inquisición, donde estuve tres años...", Mier a Andrés Bello, Filadelfia, 7 de octubre de 1821. En Bello, *Obras completas. Epistolario I*, t. XXV, Caracas, Fundación La Casa de Bello, 1984, p. 111-114.

<sup>173</sup> Mier, *Escritos inéditos*, p. 105-106. El sacerdote sería enviado a Cuba, pero logró escapar durante el viaje para dirigirse a Filadelfia. Volvería a Méxi-

El gobierno virreinal y sus allegados celebraron la caída del fuerte de Soto la Marina. José María de las Casas —quien hizo la Canción Patriótica contra Mina—, escribió otra para esta ocasión: “Después de que huyó despavorido el traidor Mina y sus Zecuaces dejando a una parte de sus conpartes en su fortin y que fue tomado por el Sr. Comandante General Dn. Joaquín de Arredondo [*sic*]. Esta vez fue un “jarabito” que comienza así:

*Verso*

El Gran General de Oriente  
Confundió al rebelde Mina  
Porque a Soto la Marina  
Se introdujo derrepente.

Trajo la Justicia  
Yndulto y Perdon  
La victoria, el triunfo...<sup>174</sup>

Arredondo regresó a Monterrey con mayor reconocimiento militar, político y moral, y en julio se encontró con el brigadier José Gayangos, aquel intendente de Zacatecas que venía a relevarlo por orden del virrey;

más como por fortuna de Arredondo y desgracia de ellas [las provincias a sus órdenes], se supo en México en aquellos días la toma del fuerte de Soto la Marina, y desde luego se dio a esta acción más importancia de la que debiera, [entonces] recibió Gayangos con-

co en 1822 para ser preso en San Juan de Ulúa, aún en poder de los españoles. El Primer Congreso Constituyente lograría su libertad, fue entonces diputado por Nuevo León, para ser nuevamente recluso por diferencias con Iturbide. Escapó otra vez y fue reelecto diputado al 2o. Constituyente para firmar la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos en 1824. Guadalupe Victoria, durante su presidencia, le dio asilo en el Palacio Nacional, donde murió en noviembre de 1827.

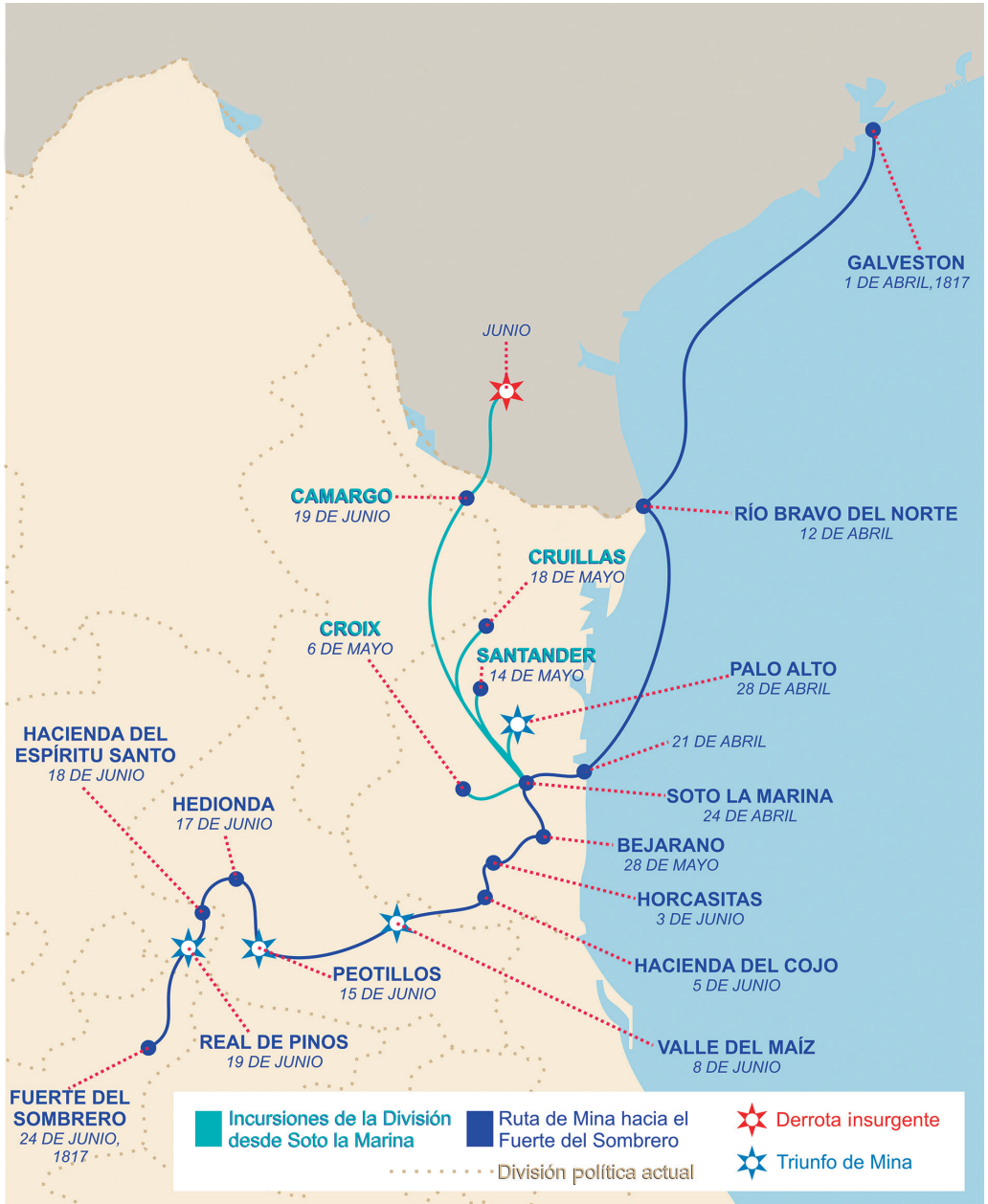
<sup>174</sup> José María de las Casas a Apodaca, 20 de mayo de 1817, enviada el 8 de agosto de 1818, *Boletín del Archivo General de la Nación*, t. XVII, n. 3, 1940, p. 357-360. Se ha respetado la ortografía original.



traorden para que regresase, quedando Arredondo con el mando. Este amago, sin embargo el más serio que hubiera recibido, no le hizo variar [a Arredondo] en nada de conducta siguiendo en ella del mismo modo o peor de lo que queda dicho.<sup>175</sup>

<sup>175</sup> González, “El movimiento de independencia...”, p. 269.

## CAMPAÑA DE MINA DE GALVESTON AL FUERTE DEL SOMBRERO, DEL 1 DE ABRIL AL 24 DE JUNIO DE 1817



Dibujo de Jorge Perlem